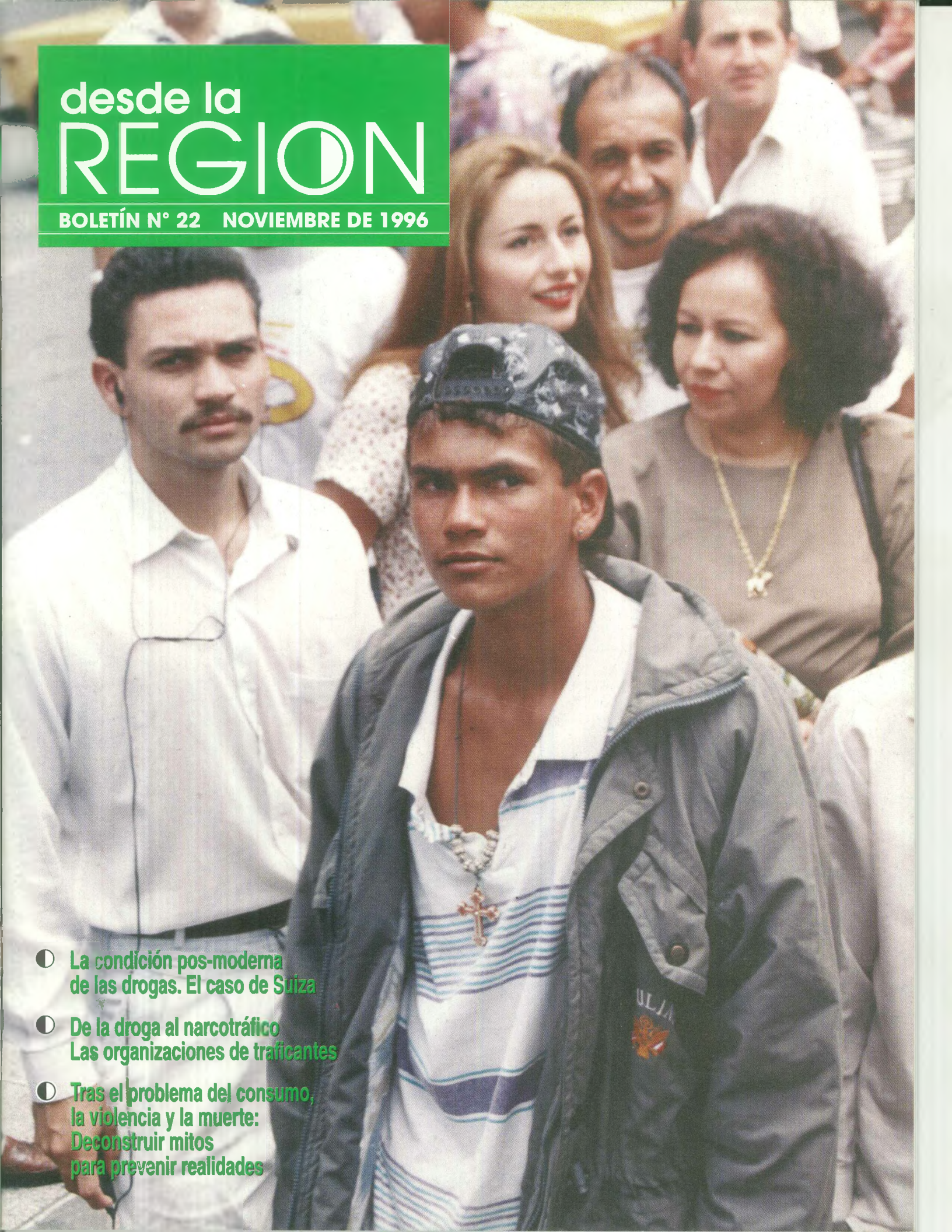




desde la REGION

BOLETÍN N° 22 NOVIEMBRE DE 1996

- La condición pos-moderna de las drogas. El caso de Suiza
- De la droga al narcotráfico
Las organizaciones de traficantes
- Tras el problema del consumo, la violencia y la muerte:
Deconstruir mitos para prevenir realidades

CORPORACION REGION

PARA EL DESARROLLO
Y LA DEMOCRACIA

PERSONERÍA JURÍDICA
37252 ENERO 16/90
Gobernación de Antioquia

DIRECTOR:
Rubén H. Fernández A.

JUNTA DIRECTIVA:
Jorge A. Bernal M.
Rubén H. Fernández A.
Clara Inés Restrepo M.
Marta Inés Villa M.
Luz Estela Álvarez C.

COMITÉ DE REDACCIÓN
Rubén H. Fernández A.
Jorge M. Betancur G.
Sergio Valencia R.
Jorge Ignacio Sánchez O.
Luz Elly Carvajal G.
Javier Iván Toro V.
Juan José Cañas R.

Calle 55 N° 41-10
Tel: 216 68 22 A.A. 67146
Medellín - Colombia

E D I T O R I A L

COLOMBIA A LAS PUERTAS DE UN ENORME DESASTRE HISTÓRICO

Actualmente cursa en el Congreso la propuesta presentada por el Gobierno Nacional como la "Reforma para recuperar la Gobernabilidad". Cuatro son las grandes vertientes de ese proyecto: una reforma al sistema de partidos políticos y al sistema electoral; limitaciones a la Acción de Tutela; el incremento de atribuciones presidenciales para intervenir el presupuesto y el régimen económico; y una cuarta referida al manejo del orden público.

De todo el paquete, queremos referirnos a algunos aspectos.

La reforma de los partidos políticos en Colombia, la creación de mecanismos para su democratización interna, su actuación transparente y su responsabilidad política son asuntos que ya desde varios lugares se han propuesto y se han ubicado como algunos de los más grandes vacíos que dejó la Asamblea Nacional Constituyente. Aquí las propuestas del Gobierno avanzan en un sentido, por ejemplo al exigir ciertas condiciones en la vida y organización interna y exigir candidatos oficiales; pero retroceden en otro, al unificar el día de elecciones para instancias nacionales y regionales, lo que cierra el camino de fuerzas políticas locales que venían siendo un aire fresco en la vida política nacional.

Algo similar ocurre con la financiación estatal de las campañas políticas. Será la posibilidad de tener mayores controles a las cuentas de las maquinarias electorales de los candidatos y evitar dineros indeseables en ellas, tanto los provenientes de actividades ilegales o ilícitas, como aquellos que llegan desde los grandes grupos económicos. Esto está bien, sin embargo, al mismo tiempo, se levanta la prohibición de que los servidores públicos hagan aportes a los partidos.

En este terreno, el Gobierno se mueve pues, entre la apertura democrática y las concesiones al clientelismo tradicional.

Pero las iniciativas referidas al orden público son una vuelta al pasado, recogiendo de allí lo más autoritario.

Baste mencionar sólo cuatro asuntos: la pretensión de otorgar de nuevo a los militares funciones de policía judicial; mantener de manera indefinida el Estado de Conmoción Interior; suprimir el 'principio de conexidad' y levantar los controles de la Corte Constitucional para su declaratoria.

El primero, va en contravía de la tendencia mundial actual, que algo se ha reflejado en la fuerza pública en el país (especialmente en la Policía Nacional), y es su profesio-

La condición posmoderna
de las drogas.
El caso de Suiza

Angela Stienen
Marina Gartzia H.

La narcopolítica
de los EE.UU.:
Un cuello de botella

Gilberto Medina

De la droga al narcotráfico
Las organizaciones
de traficantes

Alonso Salazar Jaramillo

Tras el problema del
consumo, la violencia y la
muerte: Deconstruir mitos
para prevenir realidades

Juan José Cañas R.

Diseño e impresión:
Pregón Ltda.

nalización: se trata de que cada uno haga lo suyo, lo que le corresponde según su naturaleza y misión. Cuando a las Fuerzas Militares se les otorgan responsabilidades diferentes para las que están hechas, por ejemplo, de policía judicial, normalmente hacen las cosas mal, sencillamente porque no están ni formadas, ni preparadas para ello.

De otro lado, el camino de las atribuciones sin mayores controles, recordémoslo, fue la vía por la que la fuerza pública en Colombia llegó a ser una violadora sistemática de los derechos humanos. No hay que olvidar que hoy, parte de la crisis en que está sumido el país, es también una crisis de derechos humanos, lo que en el interior es motivo de gran malestar social y en el exterior, se percibe como un problema sumamente grave que nos tiene cerca de sanciones de distinta índole.

La posibilidad de volver a un estado de excepción permanente, suena realmente a pesadilla. Los colombianos tuvimos una Constitución que por muchos años no sirvió para algo distinto que estudiarla en las Facultades de Derecho, pues en la realidad, las que operaban realmente, eran las medidas del Estado de Sitio. Un estado de excepción es eficaz siempre y cuando conserve su provisionalidad; cuando durante su vigencia se tensionan a fondo las fuerzas especiales de que se dispone y se logran resultados en el corto plazo. La "excepcionalidad perpetua" termina desgastando la herramienta y se constituye en un túnel cuya salida es, por lo regular, más y más autoritarismo.

De otro lado, al eliminar el "principio de conexidad", según el cual, las medidas que se tomen tienen que estar en relación directa con las causas de la declaratoria de estado de excepción, se abre el camino para aprovecharse de las atribuciones especiales y legislar sobre cualquier cosa, lo que condujo en el pasado a enormes arbitrariedades.

Y como si fuera poco, con la reforma se pretende eliminar el control que la Corte Constitucional ha tenido sobre la declaratoria del estado de excepción, que ha sido el único mecanismo eficaz para poner coto a la costumbre de los gobernantes colombianos de gobernar con un régimen jurídico elaborado por ellos mismos.

No puede negarse que se necesitan condiciones especiales para manejar el orden público en Colombia, que la situación es compleja y que la guerrilla, el narcotráfico y el

paramilitarismo, con su comportamiento, no contribuyen en nada a avanzar por caminos de entendimiento y salidas en democracia a las varias crisis que nos atraviesan. Pero un tratamiento eficaz del orden público no puede ser a costa del Estado de Derecho; resulta peor el remedio que la enfermedad cuando para controlar un orden público deteriorado, la fuerza pública utiliza mecanismos que la deslegitiman ante la población.

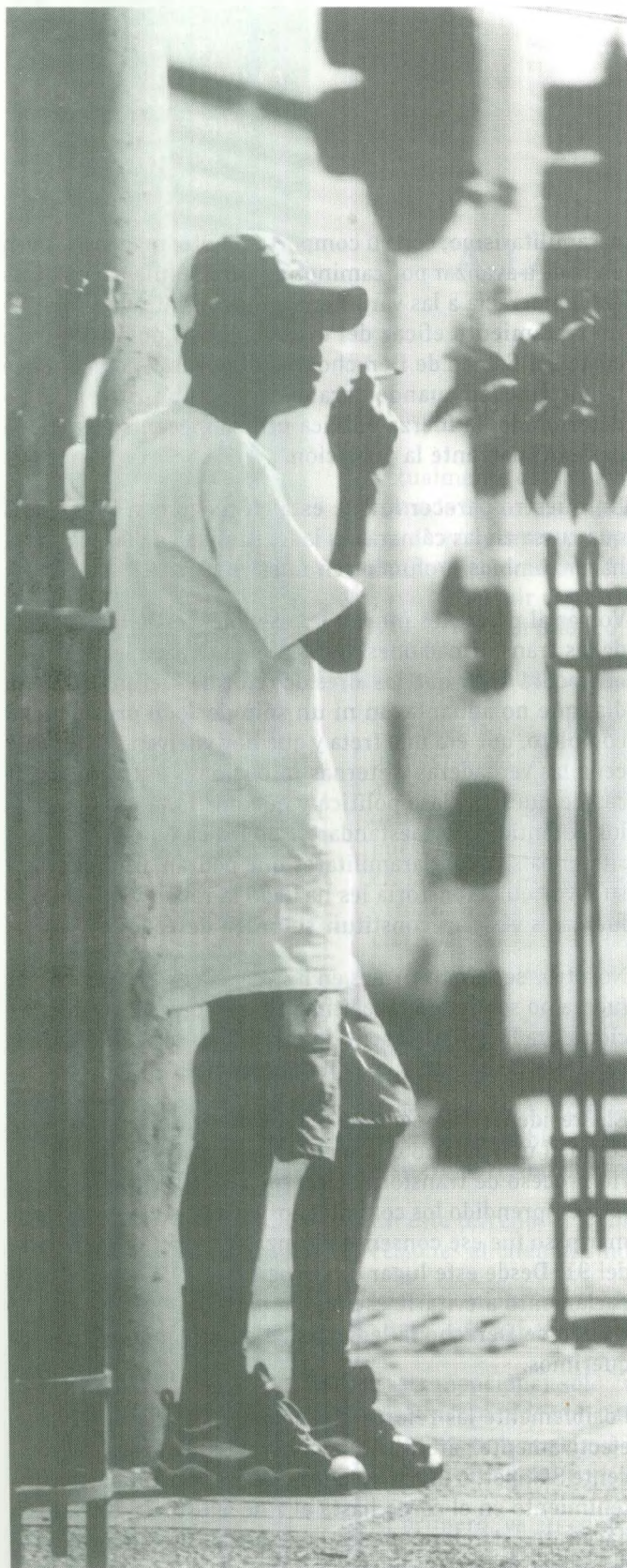
En nuestro parecer lo que está en juego con la reforma que cursa en las cámaras es la legitimidad de las vías para hacer cambios profundos en nuestro país.

Volver al pasado es otorgar a los violentos la legitimidad de las transformaciones que necesita el país: la guerrilla, que podrá decir que los aires de reforma fueron luz de un día, que no aguantaron ni un sólo período presidencial completo, que era una treta y que hoy vuelven a salir a escena las verdaderas y eternas intenciones antidemocráticas de nuestra clase política y que por lo tanto son ellos los auténticos portaestandartes de los cambios que necesita el país. Y los paramilitares que podrán argumentar a su favor que la historia les ha dado la razón y que sólo la fuerza es vía para constituir su orden deseado.

Nosotros seguimos firmes en la creencia de que las vías de fuerza no son la senda legítima para ninguna transformación duradera y en el sentido que el país la requiere: más paz, más democracia, más justicia social.

El Presidente Samper está a punto de pasar a la historia como el mandatario que interrumpió el más grande y serio proceso de transformación social y política que hayamos emprendido los colombianos en este siglo y cuyo primer paso fue ese consenso alcanzado en la Constituyente del 91. Desde este lugar de la sociedad civil, invitamos al parlamento a evitarle ese mal al país y a retomar para el Estado de Derecho la legitimidad de los cambios que requerimos.

Posiblemente las reformas propuestas, de ser aprobadas, efectivamente garanticen la gobernabilidad para el Presidente Samper, o mucho menos que eso, permitan su mantenimiento en el cargo hasta el 7 de agosto de 1998. Pero hace rato está claro que las necesidades de este presidente, no son las de la nación.



LA CONDICIÓN POSMODERNA DE LAS DROGAS

El caso de Suiza

**Angela Stienen y
Marina Gartzia Hernando¹**

En 1992, la prensa internacional destacó en grandes titulares el operativo policial que cerró en Zürich el "Needle Park" o "parque de las agujas", el "mercado abierto" de drogas más grande de Europa. Su "celebridad" se debió a determinado sector de la prensa sensacionalista mundial y a que llegó a transformarse en punto de encuentro inequívoco para el comercio y consumo "ilícito" de todo tipo de drogas, frente a la ¿indiferente? mirada de una policía presente aunque inoperante ante el hecho.

El "parque de las agujas", tiene la particularidad de ubicarse a tiro de piedra de la Bahnhofstrasse, una de



las calles más lujosas de Europa, cuyo metro cuadrado ronda los U\$. 6000, donde el capital financiero alimentado en buena parte por dineros de procedencia ilícita, se ha materializado en sobrecogedores edificios de arquitectura postmoderna, bajo cuya indumentaria se albergan diversas actividades económicas; allí se exhibe impudicamente el lujo más ostentoso en un despliegue de opulencia, que contrasta de súbito con la miseria y la pobreza, con sólo aproximarse al "parque de las agujas", donde se conjugan elementos aparentemente irreconciliables: la violencia y la ternura, el ejercicio permanente de la fuga y la solidaridad, el deseo de aventura y la supervivencia, caracterizando el escenario de la droga, las patologías urbanas esta vez al descubierto.

1. Sociedades adictas

El urbanícola contemporáneo es eminentemente un individuo adicto al consumo indiscriminado, al dinero, a la televisión, al prestigio, al afán de poder. Basta observar a los jóvenes que cabalgan a altas velocidades en sus monopatines, bicicletas o motos, narcotizándose con el vértigo de la velocidad, con la seducción de un placer tan intenso como efímero. Adictos a enfrentar cualquier riesgo que segregue suficiente adrenalina, en un desafío contra-reloj en el que también se da cita, se encara, a la propia muerte.

Los constantes y profundos cambios tecnológicos, económicos, socioculturales, políticos e ideológicos,

La ciudad no dice su pasado
lo contiene como las líneas de una mano
escrito en los ángulos de las calles
en las rejas de las ventanas
en los pasamanos de las escaleras
en las antenas de los pararrayos
en las astas de las banderas,
surcado a su vez cada segmento
por raspaduras, muescas,
incisiones, cañonazos...

Italo Calvino Las ciudades invisibles

han sido esculpidos, por la impronta de la globalización. Proceso que al parecer está empeñado en convertir a la humanidad en una sola sociedad, propiciando un incremento de nuevas adicciones a través de una seductora accesibilidad y promisoría homogeneización.

El reto de hoy no consiste en prohibir a pesar de muchos, o en señalar con el dedo acusador un fenómeno como el de la droga, cuyas raíces están profundamente implantadas en nuestras sociedades. Sino más bien en tratar de experimentar con nuevas fórmulas que apunten a una concientización y regulación de nuestras adicciones conscientes e inconscientes.

Un primer paso, bien podría consistir en una revisión a la tan manida y simplista clasificación de las adicciones en "legales e ilegales". Resulta evidente que esta clasificación minimiza a tal punto el impacto generado por las adicciones "legales", que ya están socialmente aceptadas y enmarcadas en la habitualidad. Nos referimos al alcoholismo, el tabaquismo y la automedicación; ampliamente estimuladas por la libre circulación en el mercado, de una variada gama de fármacos como tranquilizantes o estimulantes.

Patologías como la bulimia o la anorexia parten de la adicción a un estereotipo de belleza que glorifica la delgadez extrema. Sobre el filo de este abismo

anoréxico y bulímico, se encuentra suspendida una gran parte de la población juvenil femenina de Europa, EE.UU., Australia, Japón y Corea del Sur, siendo una de sus principales causas de mortandad.

El impacto de las adicciones "legales" en Suiza, puede apreciarse en las siguientes estadísticas:

MUERTES POR ENFERMEDAD CAUSADA POR ADICCIÓN AL ALCOHOL (CIRROSIS)

Años	Hombres	Mujeres	Total
1951-1955	409	79	488
1956-1960	467	79	546
1961-1965	583	92	675
1966-1970	638	105	743
1971-1975	614	139	753
1976-1980	564	146	710
1981-1985	537	148	685
1986-1990	449	154	603
1991	420	126	546

Fuente: Ministerio de Estadística/Suiza, 1992

MUERTES POR ENFERMEDADES CAUSADAS POR ADICCIÓN A LA NICOTINA

Enfermedad	Hombres			Mujeres		
	Muertes en total	por adicción a la nicotina (%)	por adicción a la nicotina (cifras)	Muertes en total	por adicción a la nicotina (%)	por adicción a la nicotina (cifras)
Dif. tipos de cánceres (sin cáncer del pulmón)	1'691	58,7	992	1'078	25,5	275
Cáncer del pulmón	2'242	90,6	2'032	491	66,6	327
Enfermedades cardio-vasculares	12'785	78,5	3'725	14'435	55,8	1'276
Pulmonía	1'180	33,3	392	1'708	14,3	245
Bronquitis	1'113	85,0	947	353	65,9	233
Otras	239	33,1	79	170	17,1	29
Total	19'250		8'167	18'235		2'385

Fuente: Consejería Suiza para problemas causados por la adicción al alcohol y a narcóticos, 1993 (1960-90)

Comparando las anteriores estadísticas con el balance que arroja el impacto de las adicciones "ilegales" en Suiza, podríamos concluir que el problema no

reside tanto en el tipo de droga al que se esté "enganchado", sino más bien en el fenómeno sociocultural de la adicción como tal.

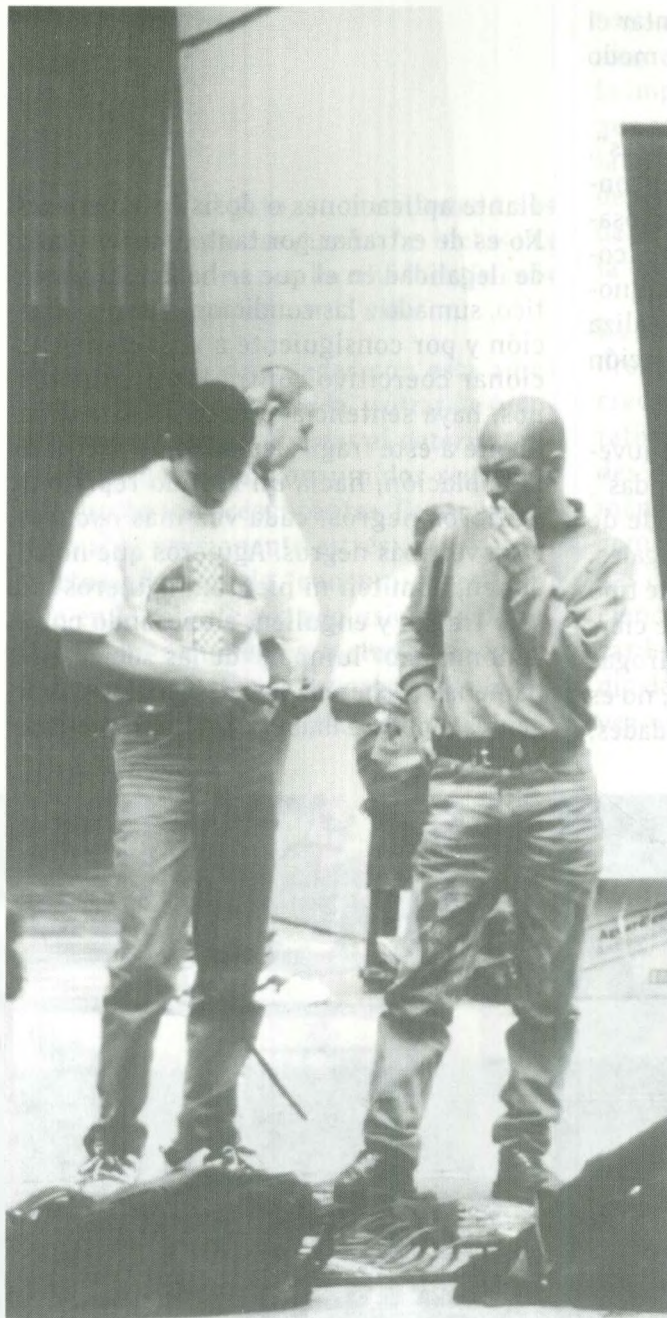
MUERTES POR ADICCIÓN A DROGAS ILEGALES EN SUIZA

Año	1980	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992
Muertes	88	107	109	144	133	120	136	196	205	248	280	405	419

Fuente: Consejería Suiza para problemas causados por adicción al alcohol y a la droga, 1993.

Asimismo, la clasificación en adicciones "ilegales" contribuye a la criminalización de las personas dependientes a este tipo de drogas, reduciendo el enfo-

que y las medidas para paliar la problemática al marco jurídico.



2. Estableciendo límites a la legalidad: drogas legales y drogas ilícitas

Holanda es el único país donde desde 1976 la ley discrimina entre “drogas blandas”; marihuana, hachís, hongos alucinógenos... y “drogas duras”; heroína, cocaína, crack y drogas de diseño. Enfatizando que la

La ciudad se te parece como un todo
en el que ningún deseo se pierde
y del que tú formas parte,
y como ella goza de todo lo que tú no gozas,
no te queda sino habitar ese deseo y contentarte...

Op. cit.

lucha contra la posesión y el consumo de “drogas blandas” no es prioritaria.

En Suiza se ha aceptado comúnmente esta división arbitraria, aunque no se pueda decir lo mismo en materia legislativa.

Se parte de que el consumo de las llamadas “drogas blandas”, no necesariamente genera adicción. Conveniría redefinir lo que se considera adicción, de lo contrario se incurre en un relativismo de funestas consecuencias que alimenta la génesis mitológica en torno a la droga. En cierto modo, la droga ha venido en parte a significar la necesidad de una nueva espiritualidad en un mundo que se laiciza a marchas forzadas. Para otros muchos, se traduce en una compulsiva búsqueda del paraíso perdido, propiciada a través del arte de la fuga cuando acontece una alteración radical del entorno.

Cabe preguntarse si, al margen de cualquier otra consideración, utilizar una serie de drogas no institucionalizadas puede constituir un factor de cambio como pretende gran parte de los consumidores. La pregunta no es fácil de responder, especialmente cuando los móviles que conducen a ella se expresan del modo en que lo hace el profeta de la generación *beat*, William Burroughs, en su obra *Yonqui*: “Uno se hace adicto a los narcóticos porque carece de motivaciones fuertes en cualquier otra dirección. La droga se impone por defecto.(...) He aprendido la ecuación

de la droga. La droga no es (...) un medio para incrementar el disfrute de la vida. La droga no es un estimulante. Es un modo de vivir."

Volviendo al planteamiento de drogas "blandas" y "duras", convendría resaltar que esta clasificación parte de que el consumo mesurado de las primeras no tiene porqué ser forzosamente nocivo, puesto que resultan menos lesivas que la nicotina por ejemplo. Aquí, se hacen evidentes el olvido o la ignorancia, ya que el consumo de hachís o de marihuana se realiza regularmente con la mezcla de tabaco, potenciando la adicción "nicotina y "algo más".

Es sabido que en Suiza, un amplio sector de la población, juvenil en su mayoría, consume con periodicidad drogas "blandas", especialmente marihuana que en muchos casos procede de cultivos domésticos, a pesar de que continúan siendo ilegales. España es el único país europeo que ha despenalizado este tipo de drogas; en Suiza, se ha ido generando paulatinamente cierta tolerancia frente al consumo y el comercio de las drogas "blandas". Hasta el punto de que el "consumo personal", no es sancionado. Asimismo es *vox populi* que en algunas ciudades, el suministro de marihuana y hachís puede efectuarse en aquellos centros juveniles que son autogestionados por los mismos jóvenes, e igualmente en comercios que venden accesorios vinculados con la denominada "cultura de la marihuana", como collares, pipas, aretas, prendas estilo hippie y complementos rastafaris jamaquinos. Todo parece indicar que en este "circo" las drogas "blandas", son ilegales, pero en cualquier caso las menos ilícitas.

En Suiza y el resto de Europa, el debate sobre la problemática de la drogadicción, se centra principalmente en el consumo y la distribución de drogas "duras". Estas, sí se consideran altamente nocivas por el grado de adicción que generan. Paralelamente focalizan la mayor parte de la atención pública, por aparejar otra serie de conflictos, si cabe aún más complejos. En este sentido el hecho de que su valor en el mercado sea mucho más elevado, en ocasiones se traduce en el incremento de flagelos sociales que van desde el simple hurto con o sin intimidación hasta la prostitución.

Siguiendo este hilo conductor se considera que la sustancia psicoactiva más peligrosa es la heroína, tanto por crear un alto grado de adicción, como por la particular forma en que es consumida, esto es, me-

dante aplicaciones o dosis intravenosas. No es de extrañar por tanto, que el marco de ilegalidad en el que se halla este narcótico, sumado a las condiciones de penalización y por consiguiente a un perenne accionar coercitivo contra los heroinómanos, haya sentenciado-exiliado paulatinamente a este frágil-dependiente sector de la población, hacia un mundo repleto de agujeros negros, cada vez más oscuros, cada vez más negros. Agujeros que no suponen, admiten ni piensan, agujeros que sólo tragan y engullen, empezando por el denominado "lumpen" de las sociedades; llámense desheredados, desechables, indigentes o pobres diablos. De tanto rebuscar



las tres patas al gato, en cuestiones tales como “humanizar las guerras” o incluso la propia muerte, se nos ha olvidado lo más importante; “humanizar la vida”.

Las patologías vinculadas con esta adicción, la hepatitis B, el Sida, y otras de índole dermatológica, sumadas al deterioro físico y psíquico del consumidor regular a esta droga, son preocupantes. Es muy posible que el permanente estrés al que están sujetos este tipo de “consumidores”, no sólo en lo tocante a la adquisición del producto, sino también en materia de seguridad; la constante pugna para no ser interceptados por la policía, haya propiciado un

frecuente descuido en cuanto a las condiciones de higiene. Es muy común el intercambio de jeringas ya utilizadas, así como la imposibilidad de propiciar un control de calidad de la droga que se va a obtener, puesto que la transacción debe regirse por la inmediatez, poniendo al adicto en una posición de completa dependencia con respecto a los distribuidores. Hay que considerar el problema de la obtención de fondos para la compra de la droga.

La política que se ha adoptado para enfrentar el problema de la drogadicción, sumamente ambigua, parece haber disparado la creciente inseguridad por un lado, junto con el índice comparativamente alto de portadores del Sida y de otras enfermedades infecto contagiosas entre la población heroínómana, sumándose a ello la prostitución de menores. Si bien se pretende combatir estas problemáticas a través de la ejecución de medidas cada vez más drásticas y represivas, existe también la conciencia de que las consecuencias que implican, lejos de erradicar los conflictos que acarrearán los magnifica, ampliando el radio de afectación a la población no adicta. Es por ello que cada vez un mayor sector de expertos vinculados con el tema, exigen que se replantee la política adoptada contra la drogadicción, al tiempo que se pide una liberalización de la ley nacional antinarcóticos que hasta el momento prohíbe la producción, posesión, consumo, importación y exportación de drogas “blandas” y “duras”.

Suiza es un país altamente descentralizado (federalista), de modo que los gobiernos departamentales y municipales tienen el compromiso de implementar esta ley, aunque la ductilidad en la arena política, flexibilice considerablemente la forma en que se vaya a matizar dicha ley. Para entender estas diferencias y el por qué muchos gobiernos municipales aplican una política de “garrote y zanahoria” frente al problema de la drogadicción y el narcotráfico, debemos ampliar nuestra perspectiva sobre el fenómeno y situarlo al interior de las nuevas tendencias y dinámicas del desarrollo urbano que se vienen delineando en los centros metropolitanos por la internacionalización.

El consumo de estupefacientes es un fenómeno fundamentalmente urbano.

3. Metropolización Postmodernismo, drogas y lifestyles

El consumo de estupefacientes es un fenómeno fundamentalmente urbano.



Si realizamos una breve retrospectiva, nos encontramos que en la década de los 70 el consumo de drogas estuvo vinculado a un carácter experimental, el fenómeno estaba aún muy ligado a la rebeldía desatada en mayo del 68.

Sin embargo, entrada la década de los 80 y con mayor intensidad aún en los 90, el fenómeno desprovisto del carácter experimental, tiende a expandirse, haciéndose cada vez más presente en el espacio público y en los ecos de la opinión popular.

Según los informes departamentales suizos, se estima que en 1989, 17.000 personas consumían heroína regularmente en el país y 16.000 cocaína de una población total compuesta de 5,2 millones de habitantes.

Ahora bien, como un 50% de los consumidores de cocaína consume a la vez heroína y drogas de diseño, se estima en 25.000 el número de personas adictas a "drogas duras" ilegales, lo que vendría a ser un 4,8 % de la población.

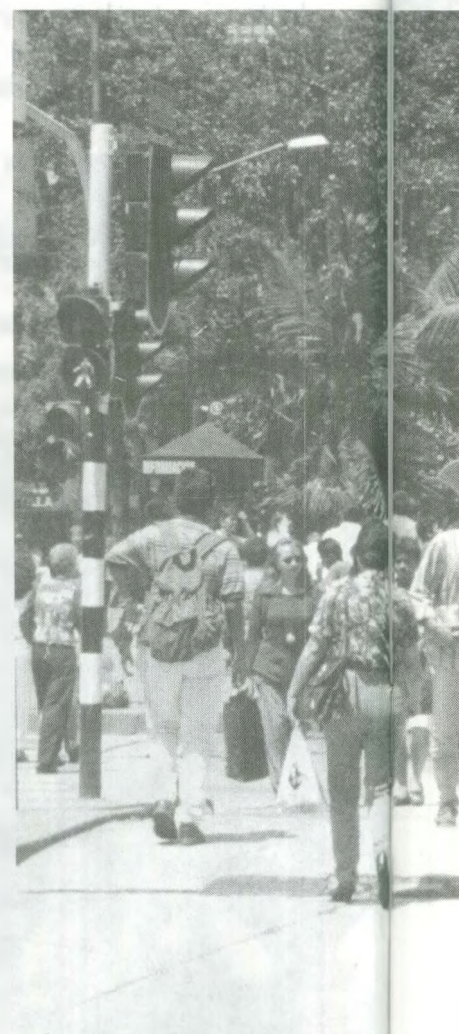
Con las drogas blandas es mucho más difícil extrapolar estadísticas, ya que sus consumidores son ocasionales en gran medida. ¿Quiénes son entonces los adictos y quiénes los que distribuyen y controlan el narcotráfico en Suiza?

Hablar de adictos a la droga implica también hablar de las nuevas formas de consumo urbano, de imágenes fragmentadas, de figuras pluralizadas y heterogeneizadas. Se podría distinguir entre tres "culturas de la droga". Una representada por el "adicto noble" encarnado en las figuras del "esnob creativo" y del "yupie" cuyo escenario se perfila en el expansivo sector financiero o en las sedes de empresas transnacionales; ambos caracterizados por la impronta de una cultura hedonista y cosmopolita, formas de consumo sofisticadas, exigentes, apologéticas del narcisismo, en las que se pone de manifiesto el culto al yo, la exaltación de la autoconciencia, el imperialismo de la intimidad, la dictadura de la subjetividad, la espectacularización del cuerpo. "Indumentarias" no sólo comportamentales sino también satisfechas a partir de una estética oscilante, cartografiada por la moda más rabiosa y extravagante. Aquella que busca seducir la insaciabilidad y promiscuidad de los narcisos o

Finalmente el viaje conduce a la ciudad (...)
Uno se adentra en ella por calles llenas de enseñas
que sobresalen de las paredes. El ojo no ve cosas
sino figuras de cosas que significan otras cosas: (...)
Otras señales advierten sobre aquello
que en un lugar está prohibido (...)
y lo que es ilícito(...)

Op. cit.

goístas en los escaparates de las boutiques más exclusivas, en los nuevos centros comerciales, en los recintos culturales que trazan, personalizan las zonas medulares de las ciudades europeas y de las megalópolis mundiales. Para este grupo, el consumo de "drogas duras" forma parte de su sofisticado, elitista y acelerado *lifestyle*, actuando como catalizador en su alto rendimiento laboral y en la multiplicidad de sus compromisos sociales. El "adicto noble" dispone de una desahogada economía y de un elevado capital social como para poderse proveer de heroína y cocaína de alta calidad, consumiéndola en impecables condiciones de higiene. De modo que él mismo controla su adicción; es, en cierta manera autosuficiente.



Este “adicto noble”, es el arquetipo de la metrópolis postmoderna. Aparece en la escena de la creciente expansión del sector de servicios (esfera financiera y asistencia a empresas) que tanto han modificado el espacio urbano. El es quien ha redescubierto la ciudad como *hábitat*, lo urbano como forma de vida que posibilita la sincronización de diferentes estilos de vida; los ritos individualizadores, la diferencia por la desintegración de lo colectivo, la multiculturalidad, la gestualidad de lo efímero, el cultivo intenso del jardín de la intimidad en todas sus variantes narrati-

vas, que van desde la nostalgia fugaz hasta la cartografía del eros, exaltando permanentemente su espíritu cosmopolita como denominador de origen. Es tal la influencia del “adicto noble” en el intrincado entramado citadino, que muchas de las reformas o alteraciones que se están gestando en la mayoría de los núcleos urbanos suizos e internacionales, tendientes a vestir la ciudad con la indumentaria de un *hábitat* atractivo, seductor, están destinadas principalmente a responder a las exigencias consumistas de este nuevo *clan* urbano. Ahora que estos adictos “nobles” identificados en el mito de Narciso, han logrado imponer su propia visión del mundo, podrán contemplarse en un espejo diseñado a su medida. Testi-

monio de ello son las actuales construcciones dirigidas a recuperar las zonas medulares de las ciudades, donde las transformaciones a modo de *performance* han dado lugar a ingeniosas áreas peatonales, parques fulgurantes, proliferación de *Kulturstätten* y en definitiva de patrimonios culturales que no sólo guardan la memoria de una élite, sino que también trazan el itinerario de su cotidianidad. Como cabría esperar, la sobresaliente especificidad que marca lo exclusivo hace que estos lugares se encuentren celosamente vigilados, más allá de la propia especulación que autogestionan, de modo que no sean degustados ni apropiados por la *otredad* representada en “aquellos ciudadanos” que al parecer desentonan y estorban en este frívolo mundo urbano, donde prevalece la “estética inalienable” y los “imaginarios” se privatizan. Otro tanto sucede con las nuevas urbanizaciones de lujo, los elegantes centros comerciales y los dispendiosos edificios, antes públicos, que lucen con evidente obscenidad su atavío arquitectónico postmoderno. Debido a todo ello es que las ciudades, aquí o allá, se parecen cada vez más, en un alarde de esplendor imitativo que bien podría parodiarse con la inagotabilidad de la fotocopia. Radiografías urbanas retomadas a partir del paroxismo de un corpus siempre idéntico.

Otra de las “culturas de la droga” que identifican el tránsito urbano, es la “cultura de la marihuana”. En Suiza, los que rinden culto a la marihuana, son principalmente los denominados “alternativos”, aquellos que han buscado de manera casi permanente una desintegración de la sociedad de consumo. Son los que se oponen al actual travestismo o remodelaje de las ciudades, que como hemos visto se impone por la contundente “lógica” del capital internacional y de las nuevas élites cosmopolitas. Claro que para este grupo social, el consumo de “drogas blandas” continúa siendo como en los 60, una expresión reivindicativa que plantea la existencia y la supervivencia en términos de rechazo radical de lo establecido, de enfrentamiento abierto contra el injusto entorno propiciado por la sociedad de consumo y la racionalidad impuesta por la alienante y hostil rentabilidad económica y social. De modo que a través de este marco, se está generando el resurgir de nuevas utopías de huida. La “yerba” es en este sentido un instrumento de disfrute, de rescate y re-creación de lo lúdico en



una sociedad regida por los valores de la simulación, la virtualidad, el espectáculo, las apariencias, la competitividad, el narcisismo. La lúdica como herramienta ideológica, como ética alternativa, como religión profana o simple filosofía de recambio. Aquí, es donde contrastan y se bifurcan, el hedonismo, la personalidad narcisista del “adicto noble” con la actitud “pasota” del consumidor de marihuana.

En cualquier caso, la “cultura de la marihuana” es principalmente un movimiento de índole contracultural. Contracultura íntimamente vinculada a los experimentos que durante la década de los 80 se llevaron a cabo en muchas ciudades suizas y europeas, en los que se trató de desarrollar una cultura urbana diferente, es decir, no determinada por la “lógica” del capital y la sociedad de consumo. Estos experimentos se dieron con el advenimiento del movimiento de los “squatters”, es decir de jóvenes que ocupaban casas abandonadas debido a factores especulativos, inmuebles principalmente antiguos, ubicados en las partes neurálgicas de las ciudades como los centros históricos, o viejas fábricas cuyo incierto destino fue marcado por el cierre que acarreó el proceso de desindustrialización.

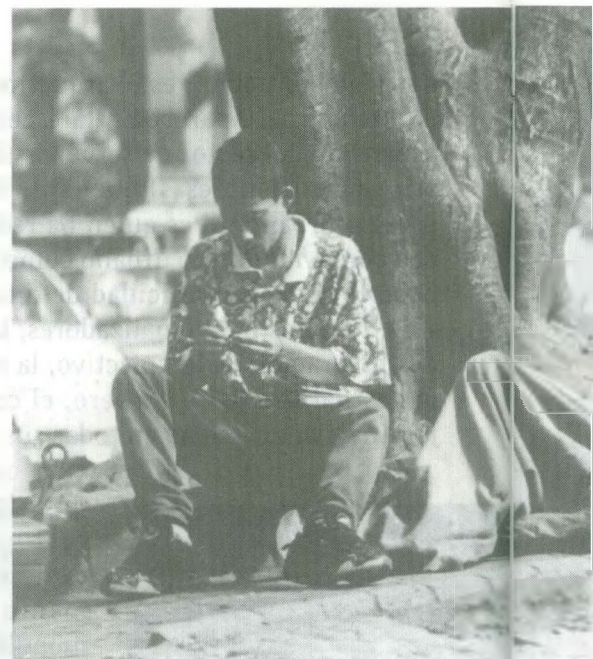
Estas apropiaciones del espacio urbano fueron una forma de protesta contra la especulación. Buscaban reivindicar las necesidades de un sector social metropolitano que estaba siendo cada vez más excluido, debido a las transformaciones gestionadas en el disputado espacio urbano. Sus protagonistas los encontramos en un heterogéneo grupo, compuesto principalmente por jóvenes, madres solteras, ancianos, inmigrantes y desempleados.

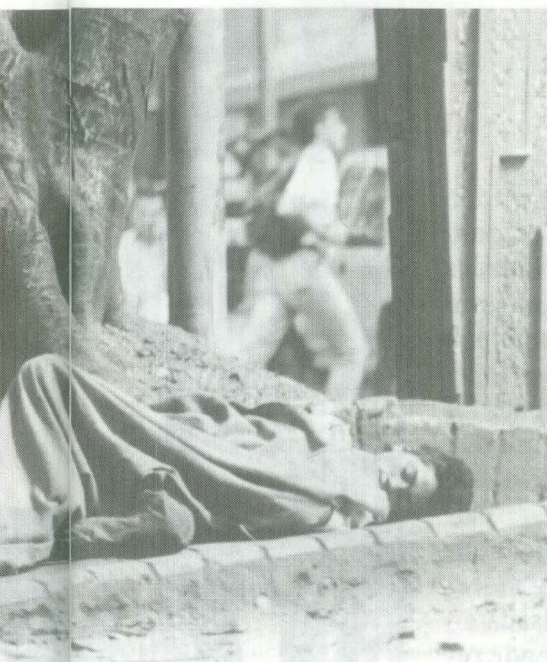
Dichas “apropriaciones” eran una forma de presionar a los gobiernos municipales para que abaratasen, es decir volvieran accesible, el precio de las viviendas en las zonas céntricas y se socializaran las antiguas áreas industriales en desuso. Re-convertidas ahora en centros culturales que estaban autodeterminados por los mismos usuarios. Lo cual se logró transitoriamente en las cuatro principales urbes suizas; Basilea, Berna, Ginebra, y Zürich.

Si bien un sector integrante del movimiento de los “squatters” estaba muy politizado, y rechazaba la entrada de drogas “duras” y “blandas” al interior de

este círculo argumentando que éstas debilitaban el espíritu de lucha, existía sin embargo en toda casa ocupada y en todo centro cultural autodeterminado, una cierta tolerancia frente a los consumidores de drogas, ya que en estos espacios se impedía estrictamente el acceso a las autoridades. De modo que estas áreas se autoproclamaron como “zonas autónomas”; “zonas liberadas”.

En Suiza, la ligazón de la “cultura de la marihuana” con la lucha política y la propia actitud de tolerancia frente al consumo de drogas en los espacios urbanos “autónomos”, condujo a serios conflictos en el momento en que los gobiernos municipales de las principales ciudades asumieron la política de restringir sistemáticamente el acceso de drogadictos y distribuidores al espacio público urbano, empujándolos a invadir las “zonas autónomas” al interior de las ciudades. Así, los habitantes de las casas tomadas y los jóvenes cuya dedicación garantizaba el funcionamiento de los centros culturales autodeterminados, se vieron forzados involuntariamente a asumir el rol de trabajadores sociales al cuidado de los consumidores de “drogas duras”. El lamentable estado psíquico y físico de estos consumidores, sumado a la confrontación de que eran objeto por parte de un creciente y cada vez más agresivo grupo de distribuidores de droga, intensificó su frágil, dependiente situa-





ción. Perjudicando de igual modo a los activistas de los centros auto-determinados. De ahí en adelante, los conflictos que surgieron fueron determinando en los años 90 el fracaso de grandes partes del movimiento "squatter".

La tercera "cultura de la droga", cuya impronta marca la vida urbana, encendiendo como ninguna otra la polémica desatada en torno al problema del narcotráfico y la drogadicción, es la de los junkies; *junk* significa basura, de modo que el denominado "junkie" vendría a ser "basura humana". Por razones obvias no entraremos aquí en discusiones éticas, sino que nos limitaremos a presentar esta "cultura urbana"; es fundamentalmente una cultura de la pobreza, de aquellos que cayeron en una progresiva y casi irreversible "misericordia" física y psíquica debido al consumo de "drogas duras", especialmente de heroína, un "caballo" para el que no hay doma posible, prueba de ello es también el rotundo fracaso de las estrategias adoptadas dirigidas a mantener un control en su adicción.

Estos adictos terminaron en la calle, víctimas de un "enganche" que los dispuso sobre el borde de un precipicio cuyos límites van mucho más allá de la ilegalidad. Hasta el punto de ser considerados como los desechos de una sociedad fragmentada. Es precisamente, la rápida expansión de la "cultura de los junkies" junto a su presencia cada vez más notoria

en el espacio público urbano, lo que ha llevado a que el problema de la drogadicción y el narcotráfico protagonice el debate público. Paradójicamente, no son los "adictos nobles" los que preocupan al Estado y a la sociedad, puesto que ni siquiera aparecen en las estadísticas. Quizá por estar amparados en el pretexto de ser socialmente rentables y discretos con su dependencia. En cualquier caso, tal parece que esta forma de abordar el problema jerarquiza no sólo el género de la adicción, sino también a los consumidores, vapuleando a unos y eximiendo a los otros de toda implicación bajo el abrigo de unas leyes que se accionan de forma evidentemente discriminatoria, e incluso vejatoria en determinados casos.

Así, los adictos a la marihuana, preocupan siempre y cuando estén vinculados con reivindicaciones políticas contra el sistema; se distorsione el "orden" público o se protagonicen *performances* del tipo de las famosas *sit ins*, consistentes en fumar colectivamente marihuana o hachís en concurridos lugares públicos como forma de protesta.

El *crescendo* de la "cultura de los junkies" en Suiza, ha puesto en evidencia dos puntos del *iceberg*; primero que las políticas represivas aplicadas durante las últimas décadas, lejos de dar una solución práctica al problema de la drogadicción han logrado magnificarlo y agravarlo aún más y, en segundo lugar que la expansión de nuevas pobreza en las ciudades suizas, para las cuales los gobiernos locales tampoco tienen soluciones a la vista, se encuentran ineludiblemente ligadas con las actuales políticas de desarrollo urbano. La "cultura de los junkies" es, en este sentido, una fiel expresión de estas nuevas pobreza.

DE NUEVO EL PARQUE DE LAS AGUJAS

Podemos retomar el ejemplo del "parque de las agujas" en Zürich, e interrogarnos cómo se posibilitó el desarrollo de un "escenario abierto de la droga" en pleno corazón de la metrópoli, siendo además uno de los centros financieros internacionales más relevantes. Cuál era su significado simbólico y cuáles las consecuencias y las razones que determinaron su cierre violento.

A inicios de los 90 y frente al fracaso de las políticas represivas implementadas en el país contra la droga-

dicción, los gobiernos electos en importantes ciudades suizas de tendencia roji-verde (alianza de los partidos socialdemócrata y ecologistas) trataron de buscar una solución alternativa al problema, bajo la presión de un determinado sector de la opinión pública. Así, se exigió la liberalización y despenalización del consumo de drogas, proponiendo la distribución controlada de heroína, o de substitutos como la metadona por ejemplo en centros especiales. La instalación de estos recintos se acondicionó para que los heroinómanos pudieran tener acceso a ellos con su dosis personal, con el fin de propiciar óptimas condiciones de higiene en un ambiente tranquilo lejos del estrés, ya que estos lugares, ahora legales, estaban administrados por profesionales y las autoridades no tenían entrada en ellos. En estos centros se suministraba a los heroinómanos desde jeringas desechables, alimentación y bebidas hasta asesoría jurídica y médica, estando prohibida la distribución de drogas.

Hay que resaltar que esto ha funcionado de manera experimental, a modo de "práctica" con carácter itinerante, puesto que mientras estos centros eran clausurados en algunas ciudades suizas, en otras por el contrario se inauguraban, poniendo de manifiesto el abrumador oficio del laboratorio urbano.

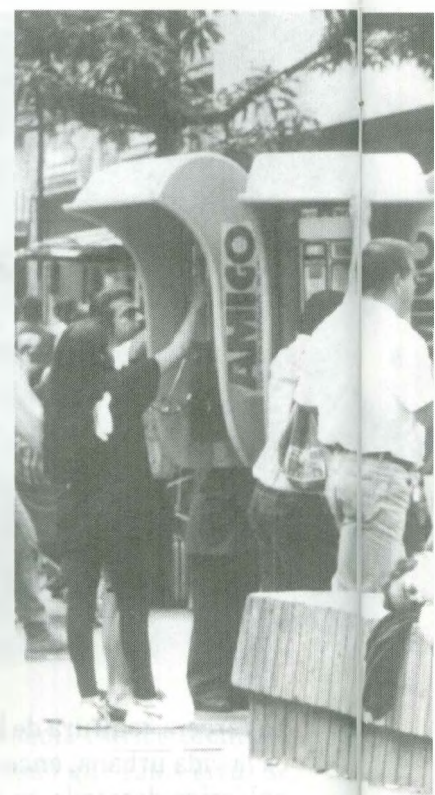
La amplia implementación de estas políticas en un radio local, hubiera requerido una transformación de la ley antinarcóticos y de las políticas estatales, cambio que no se produjo. Esta situación un tanto ambigua, propició que los gobiernos municipales asumieran una actitud expectante, entre observadora y tolerante frente al paulatino desarrollo de un "escenario abierto de la droga" en los parques céntricos de las principales ciudades suizas. Irónicamente esto se llegó a presentar incluso en el mismo parque del Palacio de Gobierno; pleno centro neurálgico de Berna.

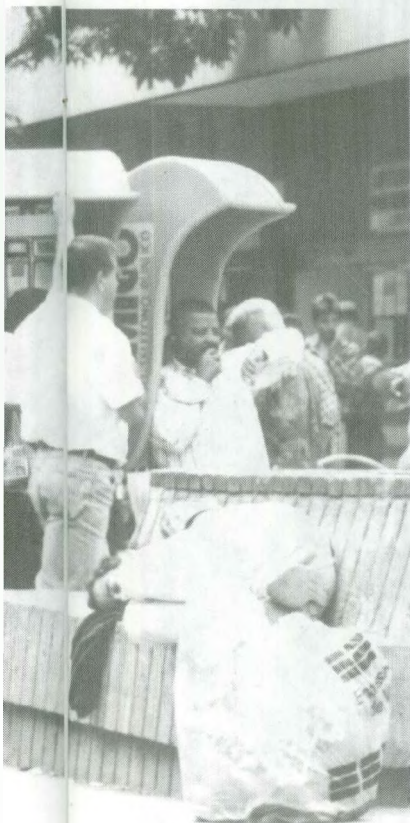
El conflictivo panorama llegó a afectar de tal modo que pronto se convirtió en un auténtico escollo para el progreso de las políticas de desarrollo urbano planificadas por los gobiernos locales, ya que en la medida en que éste escapaba a cualquier tipo de control de la administración se fue radicalizando y polarizando la opinión pública frente a cómo encarar el fenómeno.

Se llegó a tal punto que la importancia internacional de cada una de las ciudades afectadas determinó en gran parte la reacción municipal. En este sentido, el hecho de que Zürich sea uno de los focos financieros mundiales en rígida competencia con Frankfurt y Londres, respaldó el desarrollo de una política mucho más severa y represiva que la impulsada en otras ciudades de menor renombre internacional y por consiguiente con una atenuada presión externa.

En Zürich se estaba poniendo en juego la pérdida de imagen, lo que equivale cuando menos, a poner en entredicho su prestigio internacional como centro financiero. Pero ésta imagen se transformó en un arma de doble filo, puesto que atrajo tanto a inversores legítimos como ilícitos. La crisis lejos de agotarse fue aguzándose debido al eco difundido por la prensa internacional sobre el "parque de las agujas". Incluso el más grande profeta de las finanzas internacionales, el periódico "Financial Times", llegó a poner en tela de juicio, poco antes del cierre de este parque, si Zürich continuaba prestando las garantías de seguridad y estabilidad necesarias como para que los inversores continuaran depositando allí sus cuentas bancarias.

La dispersión de la "escena abierta" en Zürich, se inició en febrero de 1992 con la clausura definitiva del "parque de las agujas", frecuentes requisas a los ciudadanos, detenciones, restricciones de los servi-





cios sociales prestados a los drogadictos y control sobre el espacio público. Hasta el extremo de que en los baños públicos y en las cabinas telefónicas de las calles se colocaron dispositivos de luz azul con el fin de que los heroinómanos no tuvieran suficiente iluminación para inyectarse en las venas, expulsándolos de estos puntos. Como era de esperar, esta resolución que pretendía cambiar la “escena abierta” en “escena cubierta” condujo a una intensificación del problema. La dispersión de la “escena abierta” trajo como consecuencia que tan-

tanto el consumo como el tráfico de “drogas duras”, escaparan de cualquier control. De modo que la problemática llegó a extenderse a los barrios, confiriendo al conflicto un rango aún más general y difundido. Puesto que los heroinómanos desplazados ahora de sus lugares habituales, comenzaron a utilizar los espacios de los sótanos, las escaleras de las casas y de las tiendas, los patios de recreo en colegios y escuelas, los baños de cafeterías y restaurantes, dejando en ellos la inconfundible “huella de su designio”; jeringas usadas, algodones pringados de sangre... Rastros inequívocos de un letargo mortífero. Sueños fracturados, descalificados de la pluralidad a partir de un monólogo obsesivo.

Al menos, el caso de Zürich sirvió para demostrar de manera ineluctable, que la dispersión de la “escena” si no va acompañada de una serie de estrategias tendientes a proponer alternativas más sabias y más

concretas, conduce inevitablemente a un estrepitoso fracaso. No obstante, la “escena abierta centralizada” trajo también consigo manifestaciones positivas como las muestras de solidaridad, de ayuda mutua entre los drogadictos, de intercambio de información sobre las actitudes y los movimientos de los distribuidores, de un incremento en la calidad de la droga despachada. Posibilitando paralelamente al voluntariado y a los trabajadores sociales, un mayor acceso y control sobre los drogadictos.

En Zürich pudo verse también que el vacío propiciado por la dispersión de la “escena”, pide a gritos la reinstauración de servicios como los mencionados recintos especiales para el consumo y la asesoría a los adictos de “drogas duras”. El restablecimiento de los denominados “dormitorios públicos de emergencia”, implementados por los “squatters”, puntos donde los drogadictos o las personas sin vivienda habitual eran seleccionados por género, permitiéndoles hospedaje a cambio de una cuota simbólica. O bien la disposición de kioscos que suministren jeringas desechables y sirvan como depósito para las utilizadas.

En 1992 el gobierno federal puso en práctica en el país, un experimento científico consistente en suministrar heroína de forma controlada a un reducido número de adictos; 250 en la primera fase y 1000 dos años después.

Pero en la actualidad ha llegado a admitirse, incluso en instancias oficiales, que este programa no realizó los aportes substanciales suficientes como para que se lograra paliar el problema de la drogadicción. Contrario de lo que cabría esperar, el problema ha ido magnificándose. De hecho, nunca antes se había dado semejante control del espacio público en esta ciudad. Medidas que desembocaron en cercamientos con vigilancia armada, requisas a ciudadanos, cierre de baños públicos y parques municipales, con el fin de impedir el acceso a consumidores y distribuidores. Anteriormente tampoco se había hecho el problema tan patente, ni encendido de tal modo la reacción de la opinión pública.

En el interior de los barrios más afectados -las zonas periféricas de estrato bajo pobladas por inmigrantes principalmente-, los habitantes reaccionaron de manera dispar; con agresión, miedo o depresión. Otro

La mirada recorre las calles como páginas escritas: la ciudad dice todo lo que debes pensar, te hace repetir su discurso, y mientras crees que visitas (la ciudad), no haces sino registrar los nombres con los cuales se define a sí misma y a todas sus partes.

Op. cit.

tanto sucedió en aquellos barrios céntricos de estrato bajo y medio que aún no habían sido desplazados por la remodelación del centro. Las medidas afectaron de tal manera que muchas familias se vieron impelidas a trasladarse de barrio. Empezó a difundirse la idea de que el problema comenzaba a atentar seriamente contra la seguridad. Consecuencia de ello fue la desarticulación progresiva de la relación entre sociedad, adicción y condiciones de la vida urbana.

Estado y sociedad, impotentes ante el fenómeno fueron poco a poco desresponsabilizándose de sus obligaciones, frente a la “plaga” de la adicción y a las consecuencias desatadas por sus políticas coercitivas.

4. La estrategia del caracol; en busca de chivos expiatorios Inmigración y narcotráfico al estrado

El hábil manejo político de dos de los problemas sociales más acuciantes en Suiza y en el resto de Europa, llevó en líneas generales a justificar el fracaso de la política contra la droga. Eso sí, estigmatizando previamente a los “traficantes extranjeros”, inculpa- dos de estar a la raíz del problema. Esta astuta táctica de acoplar el problema de la inmigración con el de la drogadicción, en vísperas del plebiscito sobre la restricción de la ley de inmigración, pone de manifiesto la urdimbre de una estratagema política impulsada por los partidos conservador y la extrema derecha.



Se logró desviar el problema social de la adicción atribuyendo sus consecuencias al vulnerable sector inmigrante. Producto de ello fue la “campana de protección de la seguridad nacional” que se lanzó en el país, los distribuidores extranjeros habían sido señalados como amenaza a la seguridad estatal. Esta campana fue una forma de legitimar la represión contra los denominados “emigrantes no deseados”, procedentes principalmente de África, el Lejano y Medio Oriente, Turquía, Ex-Yugoslavia y Latinoamérica. Tachándolos de narcotraficantes bajo el pretexto de dar así solución al problema de la drogadicción.

Si bien es cierto que la distribución de “drogas duras” había pasado a manos de una parte de los inmigrantes, en su mayoría de jóvenes solteros, no se puede ignorar que el *statu quo* determinado por la



ley de inmigración suiza, cuya aplicación les niega el derecho al trabajo, ofrecía muy pocas alternativas fuera de la ilegalidad. De modo que este sector de emigrantes, basándose en los recursos que les brindaban sus estrechas relaciones de reciprocidad étnicas o sus vínculos de parentesco, terminaron por incursionar en este lucrativo negocio, hasta lograr controlarlo con rapidez.

En la "escena abierta" del "parque de las agujas", pudo observarse que muy pronto los diferentes grupos de distribuidores; libaneses, paquistaníes, kosovo-albaneses, turcos, y nigerianos principalmente, habían entrado en pugna por el control del mercado. Rivalidades que en 1994 con la dispersión de la "escena abierta", se convirtieron en libres contiendas incluso por el territorio, desembocando en diversas balaceras callejeras y varios homicidios.

Las ciudades, como los sueños,
están construidas de deseos y de miedos
aunque el hilo de su discurso sea secreto,
sus reglas absurdas, sus perspectivas engañosas
y toda cosa esconda otra. (...)

También las ciudades creen
que son obra de la mente o el azar,
pero ni la una ni el otro
bastan para tener en pie sus muros.
De una ciudad no disfrutas las siete
o las setenta y siete maravillas,
sino la respuesta que da a una pregunta tuya.

O la pregunta que te hace
obligándote a responder, (...)

Op. cit.

Estos hechos llegaron a incrementar a tal punto la histeria de la población, que el discurso demagógico contra los inmigrantes concluyó con la aprobación nacional de una nueva ley federal, fundada en "medidas coercitivas al interior de las leyes de inmigración". El escrutinio de votos arrojó un balance mayoritario de un 73% a favor de la aprobación de la nueva ley, lo que indica hasta dónde llegaron a incendiarse los ánimos en el país.

Queda como colofón, la reminiscencia, el manifiesto rastro impreso por el rotundo fracaso de aquellas iniciativas tendientes a solucionar el problema de la drogadicción y el narcotráfico, más allá de fórmulas simplistas y reduccionistas.

Así, el manejo que se le ha dado al problema de la drogadicción, evidencia que lo que verdaderamente está en juego en las ciudades suizas y europeas es un nuevo proyecto de ciudad. De urbes vestidas con la indumentaria prodigiosa y promisoría de una multiculturalidad que abre el telón para que sus actores sociales exijan su derecho a la ciudad. No a una ciudad soñada, sino a una ciudad telúrica, verdaderamente real.

FORMAS DE REGULACIÓN QUE ACTUALMENTE SE DISCUTEN EN SUIZA

Políticas	Propuesta „ <i>Juventud sin drogas</i> “, lanzada en julio del 93	Política actual del gobierno	Propuesta „ <i>Droleg</i> “ - (legalización), lanzada en noviembre del 94)
Definiciones: ‘¿qué es la adicción a la droga?’	La adicción a la droga es el peor de los flagelos sociales y origen de casi todos problemas sociales. Solamente las drogas así definidas por la ley antinarcóticos son consideradas nocivas.	La adicción es una enfermedad social. El Estado es responsable de tratar esta enfermedad.	La adicción a la droga; y por extensión cualquier tipo de adicción equivale a un consumo irracional de bienes de toda clase. Una conducta irracional de consumo tiene razones psico-sociales complejas.
Metas a lograr	Una sociedad sin drogas ilegales. (La adicción al alcohol o tabaco no forman parte de esta iniciativa).	Tratar de reducir la adicción y la dependencia de narcóticos, así como las consecuencias de la adicción (e.g. la criminalidad, el narcotráfico, las mafias etc.)	Lograr un consumo socialmente aceptable de narcóticos. Solucionar los problemas originados por la prohibición: criminalidad, narcotráfico etc. Lograr una sociedad sin drogas es utópico.
Medios	Política de intimidación y represión: Intensificar la prohibición del consumo y la lucha contra el narcotráfico mediante la represión. Prevenir la adicción a drogas ilegales (intimidación). Prohibición del suministro de narcóticos. Desintoxicación forzada (terapias)	Política de ‘garrote y zanahoria’ (reducir el daño): Mantener la prohibición especialmente de la comercialización de narcóticos Suministro controlado de narcóticos a drogadictos crónicos, (combinado con terapias) Intensificar la lucha contra el narcotráfico (represión). Ampliar los programas de prevención. Revisión parcial de la ley antinarcóticos: legalización de la dosis personal.	Política de regulación: Legalización del consumo personal y de la adquisición de narcóticos. Legalizar la distribución controlada de narcóticos sin prescripción médica. Revisión completa de la ley antinarcóticos. Programas integrales de prevención. Mejorar los programas de terapia y asesoría.
Fuerzas apoyantes de la iniciativa	Partidos de derecha. Iglesia (diversas sectas). Psicólogos de tendencia humanista	Partidos del gobierno. Especialistas en la materia.	Los drogadictos. Trabajadores sociales. Partidos de izquierda y diversas organizaciones sociales. Intelectuales y artistas.

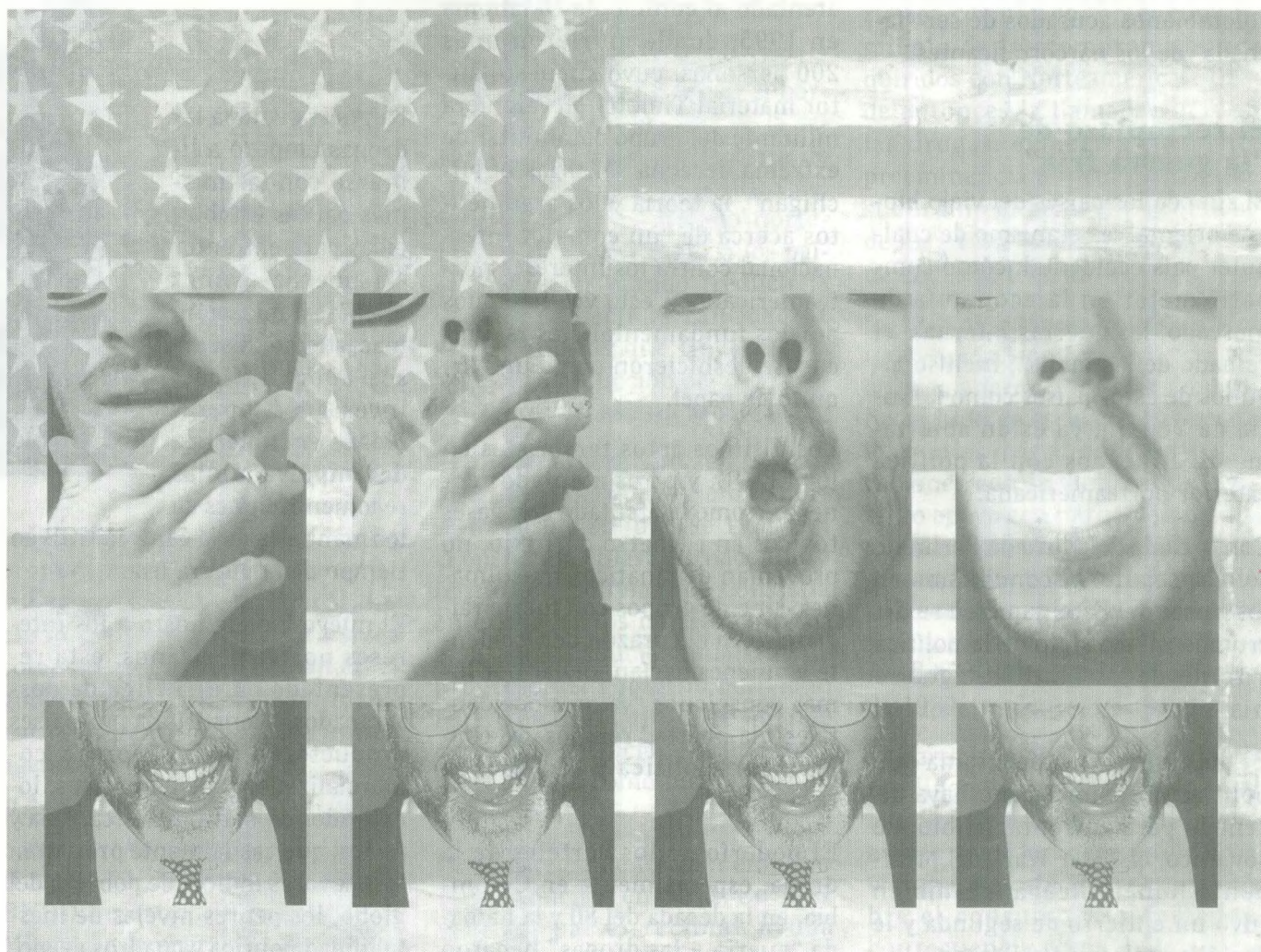
NOTAS

1. Angela Stienen es antropóloga egresada de la Universidad de Berna/Suiza; el presente artículo está basado en la ponencia que ella presentó en el Foro ‘Desactivemos las Guerras’, realizado en Medellín el 22 de marzo de 1996. Marina Gartzia Hernando es periodista y estudiante de antropología de la Universidad de Antioquia.

LA NARCO-POLÍTICA DE LOS EE.UU. un cuello de botella

Gilberto Medina

Investigador Instituto Popular de Capacitación



La mayoría de expertos internacionales en materia de sustancias psicoactivas y su tráfico han coincidido en señalar que hoy, y al menos por una próxima generación,

las agendas de buena parte de los países del globo estarán encabezadas por el tema del narcotráfico. El discurso del presidente Bill Clinton, ante la Asamblea de la

ONU celebrada en Nueva York en octubre 22 de 1995, ratifica este enfoque a propósito de la guerra de las drogas: "El crimen internacional organizado y en particular

el narcotráfico, son la prioridad de la actual política externa norteamericana". Como parte de su discurso Clinton anunció un decreto ejecutivo prohibiendo a empresas estadounidenses celebrar negocios con compañías involucradas con traficantes colombianos, so pena de sanciones económicas. En ese mismo evento se divulgó una lista de 80 empresas y ciudadanos colombianos acusados de ser "fachada" de los narcotraficantes.

El reemplazo de "la guerra fría"

El sino de los países del viejo bloque oriental, es el mismo de cualquier país occidental: cómo competir mejor en la economía de mercado, las guerras internas, el reinado de las mafias, incluso algunos de estos países como la Rusia de Yeltsin, ya están abiertamente alineados con la política exterior norteamericana.

Con la caída del Muro de Berlín no sólo se sepultó el comunismo en los países del Este, también se derrumbó medio siglo de la política exterior de los EE.UU.: la guerra fría.

El más ambicioso programa que político norteamericano haya diseñado para enfrentar el bloque soviético, el **"Star War"** del presidente Ronald Reagan, también tuvo un entierro de segunda y le costó la reelección a Reagan.

A finales de la década del 80 y hasta la guerra del Golfo en 1991, el nuevo esqueleto de la política exterior norteamericana, se intentó reconstruir sobre los huesos de "la lucha contra el terrorismo in-

ternacional": cierre de fronteras, endurecimiento de las legislaciones antiterroristas, agresiones militares y sanciones económicas contra países supuestamente patrocinadores del terrorismo.

Con el holocausto de 1993 en Waco, Texas, donde perecieron inmoladas 80 personas de la secta "daviniana", y posteriormente con el atentado al edificio de Oklahoma en 1995, donde murieron unas 200 personas, cuyo supuesto autor material Timotty Mcvaigh era militante del grupo paramilitar de extrema derecha "Milicias of Michigan", la teoría y los argumentos acerca de "un complot internacional contra los intereses norteamericanos", esta vez liderados por los fundamentalistas islámicos, se deshicieron como un barquito de papel.

Los últimos actos terroristas en los EE.UU. y otros atentados conexos, como el atentado con gases tóxicos en el metro de Tokio, no provenían de fanáticos musulmanes, sino de grupos con fuerte raigambre en el corazón de Occidente y quienes decían luchar por los más conspicuos "valores occidentales": la libertad religiosa y la supremacía política y social de la raza aria.

El poderío de los carteles de la droga, especialmente en Colombia, en la década del 80 y la llamada "guerra a las drogas" llegaron como un "arcángel enviado de los dioses", para ocupar el pedestal del "enemigo oculto" o "amenaza externa", que es tan indispensable como el oxígeno, para la atmósfera de la política exterior estadounidense.

La guerra contra las drogas empezó a librarse con las mismas pautas establecidas para enfrentar "la amenaza comunista": satanización, macartismo, discursos apocalípticos, invasiones, operaciones encubiertas, desempolvando las recomendaciones de los manuales de la CIA y la KGB en tiempo de la guerra fría.

El nuevo bloque hostil a los intereses norteamericanos, está representado en una "liga de desarrapados", constituida por países productores, procesadores y comercializadores de narcóticos, localizados en Latinoamérica, Asia y África, que casualmente presentan los mayores índices de pobreza del globo, los peores niveles de inestabilidad política y cuadros de violencia política y social. En resumen, asistimos a la versión bíblica postmoderna de David y Goliat; un king-kong alimentado con anabólicos contra un escuálido David subsistiendo con suero y bienestarina.





La guerra a las drogas empezó a librarse con los soldados antes apostados en los países del Este. La mayor parte de los casi 30.000 agentes de la CIA que trabajaban en los países comunistas, están ahora en América Latina asesorando

las operaciones antinarcóticos. La propuesta de librar frontalmente la llamada guerra a las drogas, incluso ha inspirado iniciativas como las que viene "cocinando" el gobierno norteamericano: fusionar la CIA y la DEA en una misma agencia.

Pero los esfuerzos viene de antes, como lo refleja la crónica informativa. El 21 de junio de 1970 la BNDD arrestó 150 personas en Miami, en la operación antinarcóticos más grande hasta entonces en la historia de los EE.UU. Todos resultaron ser exiliados cubanos, que conformaban una red que controlaba el 30% de la distribución de heroína y del 75% al 80% de cocaína. El 70% de los deteni-

dos, formaron parte de la fracasada fuerza de invasión estadounidense en Bahía Cochinos, en 1961. Hasta ese año, cuando los colombianos se apoderaron del mercado de la droga en los EE.UU., los exiliados cubanos traficaban droga gracias a la protección y al entrenamiento brindado por la CIA.

"La doble moral".

A partir de dicha "Directiva 221" del Pentágono, que señala el narcotráfico como amenaza de la seguridad nacional, en materia de control de drogas, la política del Departamento de Estado norteamericano pasó a exigir a los países del tercer mundo "reducir la oferta", es decir la cantidad de drogas ilícitas que fluyen a los EE.UU. La reducción del consumo pasó a ser un asunto secundario.

El primer experimento en esta política, fue asignada al ejército norteamericano en julio de 1986 con la operación "Blast Furnace" (alto horno) en Bolivia, que consistía en erradicar los cultivos ilícitos en ese país, aduciendo la falta de progreso del gobierno boliviano para frenar el cultivo de hoja de coca. Esta operación fue presentada al mundo como una operación bilateral.

La estrategia de Reagan empezaría a traducirse en cifras. En 1981 sólo dos países recibían ayuda norteamericana para la erradicación de cultivos y para el combate del tráfico de drogas. Para 1987, 23 países ya estaban adscritos en estos programas.

Además, por primera vez durante la administración Reagan, se esta-

blece en la ley antidrogas de 1986, una relación entre la cooperación de los países "productores o de tráfico" con los EE.UU. y la posibilidad de que sean elegidos para obtener ayuda exterior y beneficios comerciales. Esta ley es la llamada "certificación", que hace que los EE.UU. retenga a comienzo de cada año fiscal el 50% de la ayuda, hasta que el país beneficiario sea certificado "en el cumplimiento de los compromisos adquiridos con Norteamérica". Desde entonces la llamada guerra a las drogas, empezó a tomar tal preeminencia a nivel global, que subordinó el principal problema de los países latinoamericanos: el de la deuda externa.

La lista de intervenciones estadounidenses a nombre de la "cruzada de la guerra contra las drogas", ha seguido en escalada, llegando a los puntos más altos de estas operaciones con la llamada "Irangate", o apoyo con narco-dólares a la guerra de los contras en Nicaragua en 1986, y la operación "Causa Justa" que culminó con la invasión a Panamá y la captura de su presidente Noriega en diciembre de 1989.

La participación de las agencias de inteligencia norteamericana y el ejército de ese país en las operaciones contra el narcotráfico, tuvieron un efecto "boomerang" sobre el consumo y la demanda, consecuencia obvia de la sobreoferta de cocaína desde Latinoamérica, producto además de la laxitud y complicidad de estas agencias con el narcotráfico, a cambio de la ayuda logística prestados por los narcotraficantes en la lucha contra-insurgente.

El más vivo ejemplo de esta política es el del informante de la DEA, Barry Seal, quien desde 1981 fue reclutado como informante de este organismo en la lucha contra el Cartel de Medellín. Es así como mientras en una alocución televisada en 1986, Ronald Reagan hablaba frenéticamente de la participación de los sandinistas en el tráfico de cocaína desde Colombia y mostraba las fotos que Barry Seal había tomado de un DC-3 norteamericano, desembarcando droga en Managua y donde aparecía Federico Vaughan (ayudante de Tomás Borge, titular del Ministerio del Interior sandinista), Barry Seal, gracias a la protección de la CIA y la DEA continuaba exportando cocaína desde Honduras a los EE.UU.

Las exportaciones de cocaína desde América Latina al mercado del norte, pasaron de 35 toneladas métricas anuales en 1982 a 70 toneladas en 1986. En ese mismo período, en Norteamérica las muertes por sobredosis pasaron de 2.825 (1981) a 4.138 en 1986. Así mismo, las atenciones hospitalarias aumentaron en un 15% (120.000) desde 1981.

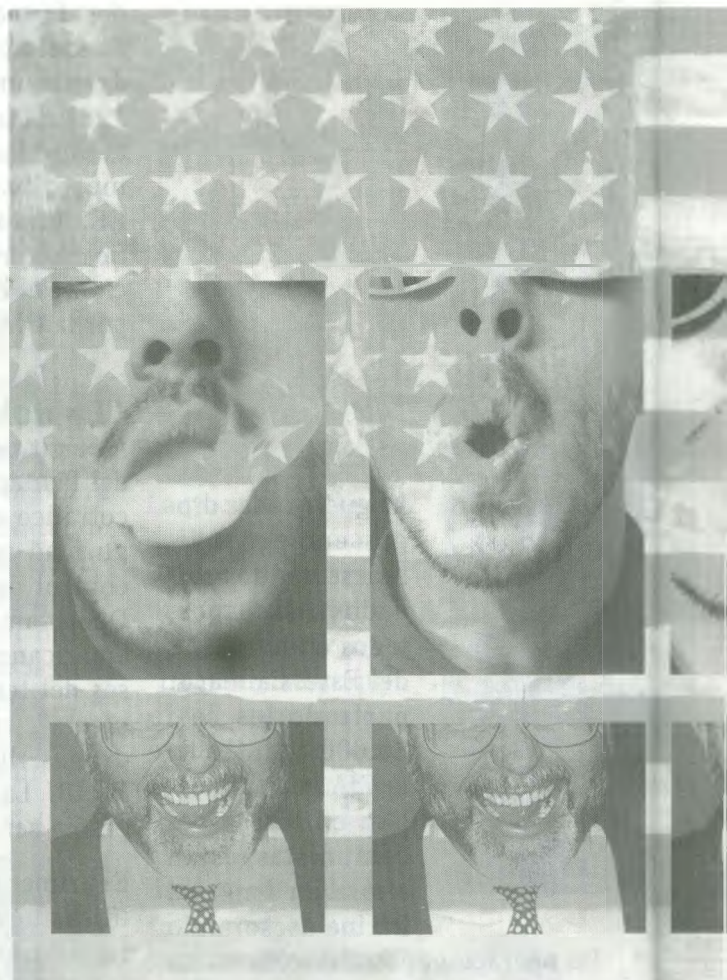
Con Bill Clinton en la presidencia de los EE.UU., se generaron grandes expectativas sobre el cambio de la política de "guerra a las drogas" iniciada por Reagan y continuada en la administración Bush.

En el mensaje presidencial de Bill Clinton, a propósito del lanzamiento de la "Estrategia nacional para el control de drogas", afirmaba: "Desafío a esta Nación a cam-

biar fundamentalmente la manera en que respondemos a nuestro problema de la droga. Primero, esta estrategia cambió de foco de la política de drogas al dirigirse hacia los usuarios empedernidos, los usuarios más fuertes que alimentan la demanda de drogas y ponen grandes tensiones en nuestra sociedad; segundo la estrategia requiere la renovación de las acciones de prevención para educar a los jóvenes, sobre el peligro de usar drogas ilícitas".

Esta propuesta parecía una caja de sorpresas: es apuntar por primera vez, hacia el control de la demanda y el consumo crónico de sicoactivos.

En el mismo documento, Clinton dijo que "un estudio reciente conducido por el Instituto Nacional sobre el abuso de drogas determinó que cada dólar que se gasta en tratamiento de drogas, ahorra 7 dólares, 4 en reducción de costos



al público y 3 en aumento de productividad".

Robert Bonner, al renunciar como jefe de la DEA, dijo frente a la estrategia de Clinton: "va a fracasar, porque no hay tratamiento eficaz, contra la adicción a la cocaína y el crack". La afirmación no era tan descabellada, o resultado de una rabieta. La voluntad de Clinton para tratar el problema de las drogas, como un problema de salud pública y no como un problema policial, fue seriamente cuestionada.

Contradictoriamente, en uno de sus primeros actos de gobierno,



Clinton recortó en un 83% el "staff" de la Oficina de la Casa Blanca para el Control de Drogas. Así mismo, el presupuesto del "bureau" de Narcóticos del Departamento de Estado se redujo en un 32%. A pesar de sus declaraciones iniciales, la proporción de la asignación estadounidense siguió siendo de un 35% para el lado de la demanda, contra un 65% del lado de la oferta.

Hoy, Clinton en el terreno de la política interna de su país, parece que empezó a sufrir del síndrome de Samper: hacer concesiones a sus adversarios políticos, para sobrevivir en el poder. Clinton tiene

que arreglárselas con un Congreso donde la mayoría de las gobernaciones de Estados está en manos de Republicanos, quienes incluso en noviembre de 1995 presionaron un paro federal para vetar las iniciativas presupuestales del presidente.

Para aspirar a la reelección, Clinton parece que ha empezado a "mudar de piel" y se ha puesto de nuevo la piel de lobo, para no ser expulsado de la jauría. Así parecen comprobarlo la descertificación a Colombia en su lucha contra el narcotráfico, los nuevos movimientos en el "buffet" antinarcóticos del presidente y el endurecimiento del embargo a Cuba.

Hace poco visitó a Colombia el director de la CIA, Jhon Deutch, quien declaró: "nuestra principal lucha en América Latina, será contra la intensa actividad de los carteles colombianos del narcotráfico, que en la década de los

80's desarrollaron sólidos lazos con la mafia italiana, rusa y europea".

¿Y de la "narco-bonanza" mexicana qué?

Luego de la muerte de Pablo Escobar y la captura de la cúpula del Cartel de Cali, México fue puesta en la mira de las Agencias Antinarcóticos de los EE.UU. Esta nación se convirtió en el "país-tampon" (en Latinoamérica) para la producción y tráfico de marihuana, heroína "black star" y drogas sintéticas, como metacualona, metanfetamina y efedrina, esenciales para la elaboración de las drogas "de moda" en Estados norteamericanos como California: las anfetaminas o "speed".

Estas circunstancias generaron una narco-bonanza a la mexicana: entre 1992 y 1993, el narcotráfico generó 26.000 millones de dólares, cifra igual a las exportaciones legales. Pero también ocasionaron denuncias contra el P.R.I., el ex-presidente Salinas y el actual presidente Zedillo por narcocorrupción, que han sido tan graves o peores como las denunciadas en la campaña de Samper.

Hasta diciembre de 1995 México era, más que Colombia, el firme candidato a la descertificación. Sin embargo, el 13 de enero de 1996, dos meses antes de promulgarse las certificaciones, el gobierno de Zedillo accedió a extraditar a los EE.UU. a Juan García Ábrego, uno de los 10 hombres más buscados por la Interpol y jefe del "Cartel del Golfo". Gracias a esta maniobra México fue certificado y no Colombia.



Extradición = interés económico

La instauración de la extradición a los EE.UU. más que asunto político es un problema económico, tal como lo reveló un agente de la DEA en una entrevista el año pasado: "Tenemos localizados unos 7.000 millones de dólares en valores y propiedades de José Santacruz Londoño en los EE.UU. y ese sólo es el número tres. Frente a la lucha contra los carteles en Colombia, a mis jefes como David Hansen, encargado de la DEA en Panamá, no les importa realmente tener un efecto de reducción del narcotráfico, sino embargar las riquezas del Cartel de Cali en EE.UU., estimada en 17 Mil millones de dólares. Por eso interviene también la CIA, porque los capos sólo sirven detenidos en EE.UU.,

donde los fiscales les ofrecerán reducción de penas a cambio de que declaren sus propiedades, para que sean confiscadas por la oficina del tesoro".

Otra pieza clave en la ofensiva estadounidense del presidente Bill Clinton, frente a Colombia y América Latina, fue el nombramiento en días pasados del General Harry McCafrey, por entonces jefe del comando sur en Panamá, como nuevo Zar antidrogas, en reemplazo del ex-policía negro Lee Brown.

En 1992, el Comando Sur de los EE.UU. reveló que "todas las escuelas y academias militares en EE.UU. habían incorporado las estrategias antinarcóticos, que ellos habían aplicado en América Latina, en discursos, ensayos y conferencias".

De todas maneras, con el nombramiento de un militar como Zar antinarcóticos, Clinton volvió seis años atrás la rueda de la historia para América Latina, a los negros días del terror en las calles de ciudades como Medellín, La Paz o Lima, auspiciadas por las operaciones encubiertas de la DEA o las

que son presentadas como legales, tales como la fumigación inmisericorde con venenos en nuestros campos.

"...La batalla contra la droga como en otra época la abominable guerra del opio en China,... anuncian las primeras escaramuzas de la tercera gran guerra mundial: la del Norte contra el Sur...

La prohibición concerniente al alcohol fue, en Los Estados Unidos, el signo de una guerra que opuso el puritanismo anglosajón de los primeros inmigrantes que llegaron a ser ricos y poderosos, a la población miserable de los recién llegados de Europa del Sur: griegos, italianos y yugoslavos que bebían vino.

Así mismo, la guerra de las drogas opone, hoy en día, los dominantes del mundo desarrollado, todos de cultura norteamericana, perdón, de subcultura, al tercer mundo que masca hojas de coca y, que la cultiva, porque los primeros derrumbaron el precio del cacao y el café.

A los países de Occidente la tensión desaparecida con el Este no les da ya más la ocasión de batirse, por eso entabla un nuevo conflicto contra otros miserables.

Los puritanos le tienen horror a los pobres... Ebrios muertos de consumo nos preparamos para destruir a aquellos cuyo trabajo y muerte nos embriagan".¹

NOTAS

1. Revista ENFANT D'ABORD, N° 137 Dic 1989 - Enero 1990. París.



De la droga al narcotráfico LAS ORGANIZACIONES DE TRAFICANTES*

Alonso Salazar Jaramillo**

Fin del primer ciclo

En 1996, con la mayoría de los capos del narcotráfico detenidos, o muertos por las fuerzas de seguridad del Estado, parecía cerrarse un primer ciclo del tráfico en el país. Recordemos que se había extraditado a Carlos Lehder, dado muerte a Gonzalo Rodríguez Gacha, Pablo Escobar Gaviria y Gustavo de Jesús Gaviria, del llamado Cartel de Medellín; detenido a Miguel y Gilberto Rodríguez Orejuela, y dado de baja a José Santacruz Londoño, cabezas visibles del llamado Cartel de Cali; y se habían sometido a la justi-

cia Henry Loaiza (El Alacrán), Víctor Patiño Fomeque, Pacho Herrera y otros capos del llamado Cartel del Norte del Valle.

Los gobiernos de César Gaviria y Ernesto Samper proclamaron su triunfo sobre los dos carteles más importantes de las drogas en Colombia, pero los hechos posteriores indican que no se logró disminuir de manera contundente al narcotráfico. Se trataba quizá del fin de los grandes “carteles” y de los capos que se hicieron famosos en el mundo entero por sus fortunas, su violencia y sus acciones pintorescas. Personajes odiados y admirados, inmortalizados en la memoria de los plebeyos como rebeldes primitivos, que se resisten a morir, en el caso de Pablo Escobar y Rodríguez Gacha; o descritos por sus cualidades positivas, como “promotores del desarrollo” y “hombres de paz” como los Rodríguez Orejuela. Hombres que parecían inmunes, pero al final sufrieron derrotas en la guerra con un Estado que los toleró por mucho tiempo.

La prehistoria

El hecho de que Colombia produzca y exporte drogas podría explicarse por la ubicación geográfica, pero también influyen diversos factores de la formación nacional, de la estructuración social y antecedentes específicos como una larga tradición de organizaciones de contrabando y grupos con alto ejercicio de la violencia; un entorno cultural cuyos valores y prácticas individuales y sociales han facilitado al crimen organizado su expansión y su consolidación.

El narcotráfico emergió con fuerza en la vida nacional en los años ochenta, pero tenía una larga prehistoria. Arango y Child, afirman que desde los años cincuenta Medellín era “un centro internacional del narcotráfico, donde al igual que en Cuba existían laboratorios para el procesamiento de morfina, heroína y cocaína. Esto habría dado origen a la llamada Medellín-Habana Connection, que sería la base para el surgimiento de la mafia organizada y el contrabando vía Panamá, ruta utilizada desde la colonia, para exportar oro a Jamaica por el río Atrato”¹

Rastreando la historia de algunos barrios de Medellín se encuentran huellas del narcotráfico desde finales de los cincuenta. Se recuerda, por ejemplo, entre los

habitantes del Barrio Antioquia en Medellín la historia de los galofardos (palabra del lunfardo equivalente a ladrón), personajes que en los años cincuenta viajaban a Puerto Rico y Estados Unidos a “trabajar” de carteristas y en los sesenta iniciaron el comercio de marihuana y cocaína.²

Otro tronco importante del narcotráfico proviene de los contrabandistas. En los años sesenta la organización más importante la dirigía don Alfredo Gómez, llamado El Padrino, quien se retiró a Cartagena donde murió hacia el año 1991. De ese grupo se desprendieron personas que se vincularon al tráfico de cocaína. De ellas la más notoria en la primera época fue “Ramón Cachaco”, un activo atracador de la ciudad, proveniente del mundo ‘camaján’, vinculado a las mafias de traficantes y de contrabandistas, que al momento de su muerte en 1973 contaba con la infraestructura básica para importar base de coca de Ecuador y exportar cocaína por la vía de Panamá utilizando empresas ficticias. Como él, en los años sesenta se hicieron famosos en Medellín diferentes narcotraficantes, y con ellos, y sus guerras, apareció el “asesino de la moto”, una modalidad de violencia que marcaría la historia del país. Los primeros grupos naufragaron en las vendettas intestinas que pararon parcialmente hacia el final de esta década cuando se consolidaron los nuevos jefes, y Pablo Escobar había establecido su hegemonía militar.

En los años sesenta y setenta la costa Caribe y, en menor escala, algunas regiones del suroccidente colombiano, vivieron la bonanza marimbera.³ A lo largo de los años setenta los decomisos de marihuana y la detención de personas se multiplicó aceleradamente y Colombia se consolidó como un gran exportador de marihuana al mercado norteamericano.

En 1978 Julio César Turbay Ayala se posesionó como presidente y sobre él recayó la sospecha de tener vínculos con el narcotráfico. Para mejorar su imagen, y bajo la presión norteamericana, realizó intensos operativos contra el tráfico de marihuana suscribiendo el tratado de extradición.

Los núcleos de traficantes de coca en diferentes regiones del país se consolidaron; según Betancur y García, el comercio de cocaína, al igual que el de la marihuana tuvo como telón de fondo la crisis económica tradicional de cinco grandes regiones: Costa Atlántica (algodonera), Antioquia (textilera), Valle (azucarera), central (zonas esmeraldíferas de Boyacá y Cundinamarca) y oriental (límitrofe con Venezuela, país que para la época en referencia experimentaba la caída de su moneda). En estas zonas se conformarían los cinco focos mafiosos iniciales, que habrían de irrumpir a partir de los años ochenta.

Estos grupos surgieron y se consolidaron en Colombia, como en otros países, en un contexto “de precaria comunicación entre el centro y la periferia y de permanencia de añejos conflictos regionales; el carácter disperso de la administración del Estado y la permanencia de la violencia privada como instrumento de dominio social”.⁴

Otro de los núcleos importantes de tráfico de cocaína se configuró en Cali. Algunos miembros de la llamada pandilla de El Triángulo, parecen ser los precursores del negocio de la cocaína en el Valle del Cauca. El grupo de Cali y el de Medellín caminaron largo trecho, pero posteriormente se distanciaron y se diferenciaron, tanto en sus prácticas sociales, como en su actitud frente al Estado.

El grupo de Cali tuvo una mayor integración a la economía formal y permeó el poder tradicional usando más los dólares que las balas. No por ser un “cartel” pacífico, como afirman algunas personas de esa ciudad, que sólo señalan como responsables de la violencia a los segundones o “lavaperros”, sino por tener otra racionalidad en el uso de la fuerza. No hay que olvidar el primer carro bomba detonado -el del edificio Mónaco- y el primer periodista asesinado por el narcotráfico en Colombia -el del subdirector del diario Occidente- atribuidos a este grupo.

De un lado, la violencia ejercida por los narcos caleños, fue ocultada sistemáticamente; y de otro, ha sido una violencia más orgánica, ejercida por grupos

Esta actitud, los roles y comportamientos de este núcleo, da bases para entenderlos más como empresarios ilegales, que como mafiosos o bandoleros.

especializados, que al mismo tiempo cumplían un papel de guardianes sociales contra ciertos fenómenos de delincuencia menor. Y por sobre todo es una violencia no dirigida de manera frontal contra el poder del Estado.

La cultura atávica: la fuerza del oro

Las distintas maneras del uso de la violencia es muestra de acentuadas diferencias culturales existentes entre un grupo y otro. “La plata no es para tenerla al agua y al sol”, le respondía Rodríguez Orejuela a quienes le ofrecían tierras. Esta actitud, los roles y comportamientos de este núcleo, da bases para entenderlos más como empresarios ilegales, que como mafiosos o bandoleros. No porque, como ya lo hemos dicho, sus prácticas estuvieran exentas de la violencia, sino porque, en alguna medida, esa violencia está circunscrita en la lógica propia de un negocio regulado de forma ilegal.

En contraste, para personajes como Gonzalo Rodríguez Gacha, la tierra significaba poder; y los caballos, las rancheras, los santuarios, los grifos de oro y otros elementos habituales de su vida reflejaban una cultura oscilante entre lo ancestral y lo consumista.

No estamos hablando de culturas enraizadas en historias milenarias como las que configuran la mafia siciliana o la Yakusa japonesa, aunque se pueden encontrar elementos comunes. Se trata, a nuestro parecer, de la emergencia de culturas agrarias cargadas

de una valoración alta de la violencia como mecanismo de relación social y de complejos sentidos de pertenencia y religiosidad. Kalmanovitz ha subrayado la asociación de los traficantes con las tradiciones premodernas, machistas y marianas de la sociedad hispánica, que han permanecido en nuestra sociedad alejándonos de la modernidad.

El derroche, de dinero y de fuerza, el consumo fastuoso, y la ritualidad religiosa, son mecanismos de reafirmación personal y colectiva de quienes vienen del mundo de los excluidos. Como lo señala Harris,⁵ para los jefes de las sociedades preindustriales el intercambio, la exhibición y la destrucción de objetos de valor son estrategias de base cultural para alcanzar y proteger el poder y la riqueza. Ataviarse con las mejores vestiduras, sentarse en tronos de arte intrincado, alimentarse únicamente de manjares de exquisita elaboración, residir en suntuosos palacios es el modo que los grandes y poderosos crearon para atemorizar e intimidar tanto a sus súbditos como a cualquier posible rival.

En buena medida el consumo conspicuo se centra en un tipo de objetos suntuarios. ¿Por qué tienen tanto valor estos objetos? Se pregunta Harris. Los objetos suntuarios adquirieron su valor porque eran exponentes de acumulación de riqueza y poder, encarnación y manifestación de la capacidad de unos seres humanos con atributos divinos para hacer cosas divinas. En las subculturas del narcotráfico también los objetos suntuarios funcionan como proclamas, anuncios publicitarios para captar la atención.

Para ellos el dinero o el poder carecen de sentido sin la posibilidad de la exhibición pública. Muchos grandes y pequeños capos construyeron escenarios para ejercer su reinado (Pacho, Envigado, Magdalena Medio, La Catedral). Exhibir su abundancia y beneficiar a los humildes es un mecanismo para permanecer en la memoria de las gentes como seres poderosos y misericordiosos.

La historia reciente del narcotráfico está llena de estas imágenes: un helicóptero tirando dólares sobre la zona nororiental de Medellín; Rodríguez Gacha, repartiendo dinero en el terremoto de la ciudad de Popayán; Carlos Lehder pagando generosos diezmos para las "obras sociales de la iglesia"; o Pablo Escobar



bar construyendo un barrio para los recicladores en Medellín.

En El Águila, Valle del Cauca, escenario tradicional de violencia, vivía Gerardo Martínez, un ladrón de poca monta apodado como Drácula, que huyó de su pueblo por la persecución del alcalde. Regresó unos años después lleno de escoltas y de riquezas adquiridas, al parecer, en la bonanza marimbera de la Sierra Nevada de Santa Marta. Desde entonces dio muestras

de gran generosidad con sus paisanos que lo esperaban a la salida de las cantinas, donde alucinado por el alcohol arrojaba billetes por los aires. Regaló camperos a muchos campesinos, instaló un kínder con el nombre de su madre; y abastecía la gasolina requerida por las patrullas de la policía de Cartago. Su bondad le garantizó una extensa red de inteligencia para guardar su seguridad.

En Necoclí, Antioquia, los hombres de un reconocido traficante recorrían el pueblo, casa por casa, para entregar el regalo de navidad mientras el gran señor premiaba la reina popular y presidía la tradicional corraleja. Al estilo de los viejos terratenientes, premiaba con puñados de billetes la osadía de los peones que se enfrentaban en la arena, no sólo a los toros, sino a inmensos búfalos, que le daban un toque exótico a esa fiesta, donde la sangre sube el éxtasis de los espíritus.

Por lo que cuenta Pino Arlachi, estos comportamientos son una constante entre los empresarios criminales, que tienden a actuar en formas similares tanto en Europa, Estados Unidos, Asia como en América Latina. En el sur de Italia y los Estados Unidos, la camorra y la mafia, fundan organizaciones deportivas y apoyan los festivales públicos; prácticas iguales se observan en las sectas chinas del suroeste asiático.

En Pakistán los capos de las drogas son tan conocidos y ricos como sus homólogos de Medellín. Construyen en pleno desierto palacios de quince hectáreas con mármol, piscinas, pinturas y muebles importados de Italia. Financian todos los partidos políticos y controlan el parlamento, de tal manera que el gobierno se ve obligado a transigir. Cuando alguno de ellos es detenido sale rápidamente por falta de pruebas.⁶

Amado Castillo, quizá el mayor traficante de México, se desplaza en caravanas de camionetas Cherokee negras, hasta su pueblo Guamuchilito, donde construyó una iglesia con un Cristo protegido por una estructura de cristal, que contrasta con sus calles pol-

vorientas. También regala tractores nuevos a los agricultores que cultivan maíz y caña de azúcar en sus tierras; mientras su madre presta dinero a los vecinos. Motivos suficientes para que Castillo se haya convertido en modelo para las nuevas generaciones.

Esta teatralidad está estrechamente ligada al dominio de los escenarios, a la noción de territorialidad. La tradición cultural y sus raíces, lleva a los empresarios criminales a consolidar un poder territorial, que no sólo reafirma identidades culturales, sino que además les permite el acceso a la vida política y a otras formas de control social.

Es un juego de doble dimensión: de un lado, se integran a las redes internacionales, se abren nuevos mercados y adoptan modelos universales de comportamiento y consumo; pero de otro lado, la mayoría de ellos permanecen ligados estrechamente a sus culturas nativas y apoyan actividades públicas que simbolizan tradiciones locales y despiertan un amplio apoyo popular. En este contexto, el manejo del compadrazgo y de las relaciones familiares, así como los lazos de raza y región, les permiten crear redes y contactos en amplios sectores geográficos, con identidades culturales y comunitarias propias.

Son características similares a las definidas por Catanzarro para la mafia Siciliana: la mafia consiste, por tanto, en una red de relaciones duales que se basan en lazos de parentesco, clientelismo o amistad. Estas cadenas de relaciones "permanecen latentes en gran número y variedad; cada una se concreta con arreglo a una necesidad determinada". En estas coaliciones adquieren su importancia las relaciones que unen a los individuos en una sociedad tradicional: el parentesco, la amistad, las relaciones con los clientes.⁷

La mitología

Los Rodríguez Orejuela son hombres estimados por amplios segmentos de la población, como personas inteligentes, amantes del progreso, que han propiciado el desarrollo regional. Otros capos, como Pablo Escobar, por su origen humilde, su mecenazgo y, sobre todo, por su espíritu guerrero, se convirtieron en mitos para grupos sociales que han magnificado y justificado sus acciones. Que incluso consideran un

Una cultura cargada de valores atávicos, donde la fuerza se transforma en instrumento de honor, en instrumento de una noción de justicia donde solo la sangre venga a la sangre.

engaño el anuncio de su muerte o los santifican. Los visitantes de la tumba de Pablo escobar, cargan puñados de tierra como amuleto y testifican sobre sus “milagros” y anuncian que este “hombre bueno” desde la otra vida, continúa salvando a los humildes de la pobreza.

Una cultura cargada de valores atávicos, donde la fuerza se transforma en instrumento de honor, en instrumento de una noción de justicia donde solo la sangre venga a la sangre. En este caso la versión social no concibe que sus héroes sean calificados como simples delincuentes. Volviendo al paralelo con los sicilianos, de alguien conocido como mafioso se dice “que es un hombre de honor, un hombre de respeto, nunca un mafioso: esta es una acusación infame, rechazada por todos. Su connotación es negativa en la medida en que es un sinónimo de delincuente y criminal, mientras que, obviamente, los ‘hombres de honor’ tienen de si mismos una imagen positiva de defensores del orden y ejecutores de la justicia esencial que las autoridades constituidas no son capaces de garantizar”.⁸

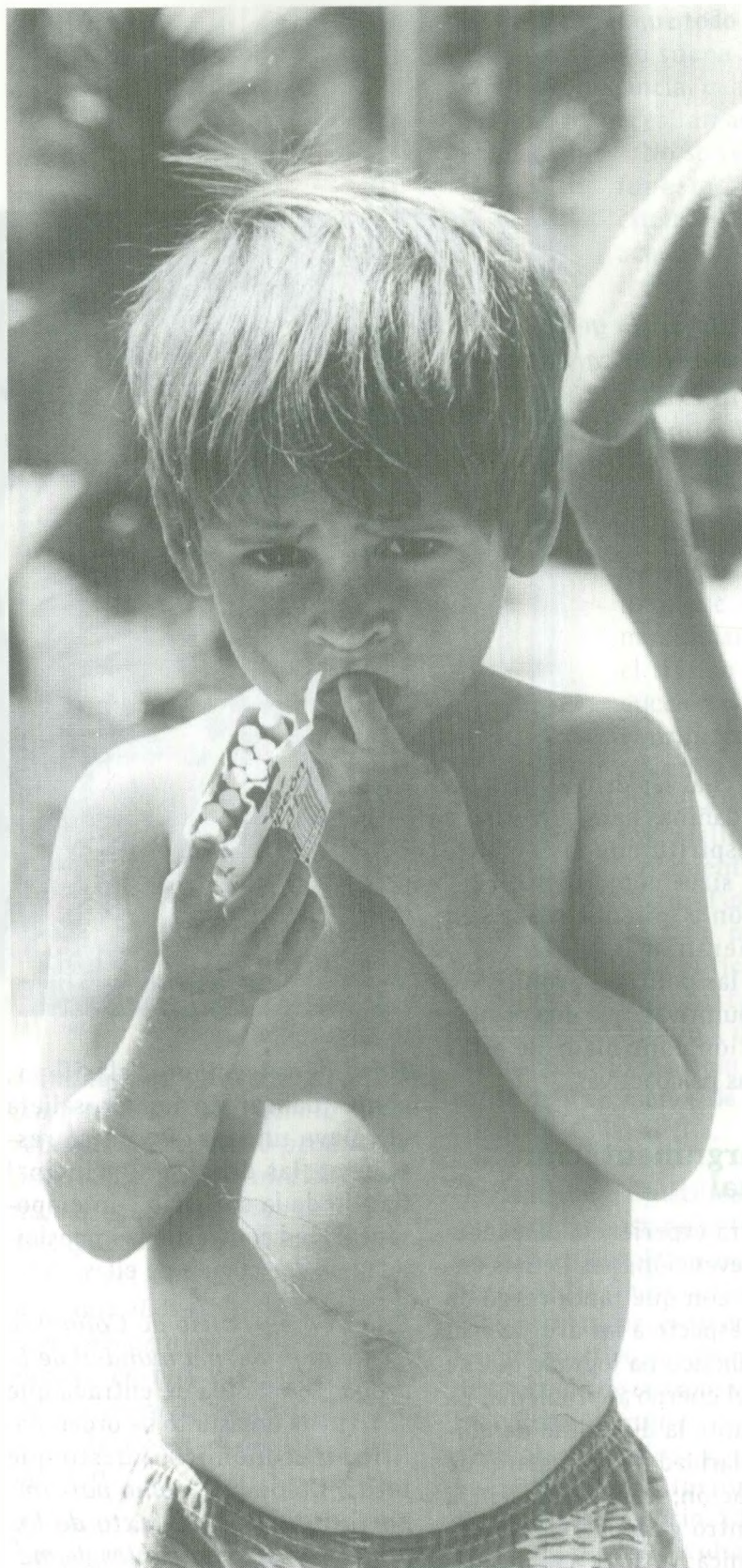
Hobsbawm, ilustra cómo en las sociedades campesinas donde la acción del Estado es cosa remota y extraña, las acciones de los bandidos y otras fuerzas proscritas pueden ser vistas así mismas y por la población local (de quienes reciben colaboración y respaldo), como luchadores populares por la justicia y la equidad social contra las fuerzas opresoras.⁹ En este

aspecto coincide Catanzarro, quien explica en “el carácter anárquico” del sentimiento mafioso, en su rebeldía espontánea contra la injusticia del orden constituido, un aura romántica de héroes populares.¹⁰

En Colombia los narcos, bandidos contemporáneos, calaron en la conciencia de segmentos importantes de la población, porque son portadores de los sistemas simbólicos de la cultura popular, y porque contaron, durante muchos años, con el visto bueno de amplios sectores de la sociedad y del Estado, que conciliaron por pragmatismo económico con los nuevos redentores. En la medida en que el Estado dejó de ser instrumento de justicia, que la clase política tradicional dio muestras de descomposición, que la iglesia Católica no respondió a las demandas de los nuevos tiempos, la sociedad se quedó sin paradigmas y los traficantes tuvieron un terreno despejado para convertirse en referentes de identidad, en un movimiento tan expansivo, que su influencia tocó los centros neurálgicos del poder y de la economía, y afectó las relaciones internacionales.

NOTAS

- * Este texto corresponde al libro LOS LABERINTOS DE LAS DROGAS de Alonso Salazar Jaramillo que será publicado próximamente.
- ** Alonso Salazar Jaramillo, Comunicador Social Periodista, investigador, Consultor del Viceministerio de la Juventud.
- 1. Arango y Child. op. cit.-pág. 36
- 2. Salazar Jaramillo Alonso. Historias de la segunda fundación de Medellín. Programa por la Paz de la Compañía de Jesús. En mimeo.
- 3. En julio de 1966 las autoridades descubrieron en el municipio de Toribio, 200.000 plantas, que calificaron como la plantación de marihuana más grande de América. La “yerba maldita” se transportaba a lomo de mula por la cordillera occidental hasta la costa del Pacífico, donde se embarcaba hacia Centro América. El Colombia-no, julio 21 de 1966. Pág. 2.
- 4. Catanzarro Raimundo. EL DELITO COMO EMPRESA. Madrid. Taurus Humanidades. 1992. Pág. 13
- 5. Harris, Marvin. Jefes, cabecillas, abusones. Alianza Editorial. Madrid 1993. Págs. 28-32.
- 6. Revista Educación y Pedagogía. Informe acerca de la producción y el tráfico de drogas ilícitas en Pakistán.
- 7. Catanzarro, Raimundo. Op. cit. Pág. 82.
- 8. Ibid. Pág. 59.
- 9. E. Hobsbawm. Rebeldes Primitivos. Barcelona. Ariel, 1969. Págs. 28-36
- 10. Catanzarro, Raimundo. Op. Cit.



TRAS EL PROBLEMA DEL CONSUMO, LA VIOLENCIA Y LA MUERTE

**Desconstruir mitos
para prevenir
realidades**

Juan José Cañas R.
Coordinador Programa de
Prevención de la Drogadicción
Corporación REGIÓN

“Pero entonces, ¿dónde están el sueño y el amor, la generosidad y la esperanza, el alma llena de dioses y la carne llena de recuerdos? ¿Nada de eso importa ni existe? ¿Nada de eso cuenta a la hora de enfrentarnos al mundo, a nuestra soledad, a los misterios de la enfermedad, a la majestad de la muerte?”

William Ospina: La Mirada de hielo.

En los últimos años, se viene perfilando en Colombia una tendencia para comprender el problema de las drogas, que antes que aclarar el panorama, lo hace más complejo y aterrador, pues amplía de una forma más soterrada el horizonte de la guerra. Se trata de la vinculación entre drogas y violencia, no ya en la vía del problema geopolítico de la producción y el tráfico, sino relacionando el comportamiento violento de los individuos con el consumo de drogas.

Esto fortalece la amenaza del incremento del consumo de sustancias ilegales en estos países subdesarrollados que, al parecer y querer de algunas élites, tienden a adoptar en un futuro cercano las prácticas consumistas de los países del norte; y, por otra parte, busca recomponer el argumento

según el cual las drogas ilegales son más dañinas para el cuerpo y para el espíritu que las legales. Además, sirve como contrargumentación a quienes sostienen que generan más violencia y muertes las políticas prohibicionistas y punitivas, que una posible legalización controlada de estas sustancias psicoactivas.

1. La argumentación actual

En nuestra experiencia de educación y prevención, nos hemos encontrado con que tanta carga de sentido respecto a las drogas y su poder diabólico ha logrado que se le saque el cuerpo al problema. Es como si ante la dificultad de ubicar con claridad los malestares de la civilización; frente la ausencia de un centro y de una causa primera y única; y frente a la incapaci-



dad de seleccionar, clasificar, contextualizar y priorizar, saliera al relevo una clara y única respuesta: ¡las drogas, el principal flagelo de la sociedad contemporánea! Y en contraste, la imposibilidad de dar cuenta de ellas.

En el *Compromiso de Colombia frente al problema mundial de la droga*, se plantea de entrada que se trata de un asunto de orden político y económico, puesto que toca a Colombia “como país importante en el contexto de los productores y traficantes de ma-



rihuana, después como procesador y traficante de cocaína y más recientemente como productor, procesador y traficante de cocaína, heroína y marihuana". Mientras que cuando se plantea el problema del Consumo Interno, se dice que "Los datos que sobre el consumo arrojan las investigaciones evidencian claramente que el mayor problema en nuestro país se presenta con el alcohol y el cigarrillo."

Es como si su definición hubiera sido ya debatida y apareciera tan

diáfana y clara, que todo lo que se diga al respecto suena a repetición, a redundancia, cuando no a herejía. ¿Se necesitan acaso más explicaciones? ¿No se ven las tan funestas consecuencias? ¿No es acaso urgente enfrentarlo? Entonces, ¿para qué quedarnos en las disquisiciones filosóficas, en el retorno a lo mismo? Vamos al grano.

Este planteamiento tiene dos sentidos: uno, que el problema fundamental es el tráfico y la producción y, otro, que el principal problema en nuestro país son el alcohol y el cigarrillo. Entonces, mientras el primero, el exterior, se deja en manos de las políticas prohibicionistas, el segundo, un tanto

menospreciado respecto al primero, se deja en manos de los particulares y de las ONGs.

Obviamente, la justificación para que algunas sustancias hayan sido declaradas ilegales, y por lo tanto perseguidas, incautadas, destruidas y prevenidas, es su enorme potencial adictivo, su gran poder de destrucción de cuerpos y cerebros, individuos y grupos sociales, economías y Estados, y, en consecuencia, la gran fortuna que se amasa en ese negocio. Y todo basado en que los individuos consu-

men drogas porque están disponibles, no porque tengan problemas sociales, económicos o afectivos, ni porque sean unos desesperanzados o compulsivos. Y así, lenta y taimadamente, se comienza a construir y a fortalecer el gran mito.

Es como si la cultura y la química de los colombianos fuera radicalmente diferente a la de los norteamericanos, puesto que, mientras para los ciudadanos norteamericanos se trata de que el gobierno no permita el acceso de drogas ilegales a su territorio, para los nuestros se trata de prevención integral, es decir,

"... la promoción humana, la creación de espacios de participación y organización ciudadana, el fortalecimiento de las potencialidades individuales y colectivas para la conservación de objetivos afirmativos y de valores que regulen la convivencia. Implica igualmente adquirir conciencia ante dicha problemática, identificar los vacíos de desarrollo individual, familiar y comunitario, reducir la vulnerabilidad y ampliar la capacidad de generación de alternativas frente a los factores asociados y conexos al fenómeno de las drogas en todas sus manifestaciones. La prevención debe orientar sus actividades hacia las drogas lícitas e ilícitas incluyendo el tabaco, el alcohol, los psicofármacos y los inhalantes entre otros."

Pero nuestra desconfianza y falta de reflexión no nos permiten desconfiar de lo que en coro dicen los tecnócratas de la salud y la moral y las transnacionales económicas



y financieras, que se han dedicado a justificar esta guerra siniestra. Somos tan ingenuos y tan cándidos que nos parece imposible que para las transnacionales económicas y financieras, la política internacional y la globalización de la sociedad de mercado, sean más importantes el poder y el dinero, que la conservación de la especie humana.

A nivel local y micro acontece igual. Para llegar pronto a las alternativas -a los discursos alarmistas, terroríficos y persuasivos-, se pasa de manera rápida y superficial por las causas y las consecuencias.

Para un grupo de jóvenes universitarios de Medellín, por ejemplo, las causas más significativas de la problemática de las drogas son tan variadas como dispersas. Cuentan entre ellas la falta de recursos económicos, la desmovilización de las milicias, la legaliza-

ción de la dosis personal, la falta de apoyo y de cariño por parte de la familia, la falta de diálogo entre sus miembros, la soledad que enfrentan los jóvenes por la descomposición social que se ha generado, la falta de ideales en la vida, la falta de amor propio, la baja autoestima, la falta de respeto infundida dentro del núcleo familiar, el decaimiento de la importancia de la familia dentro de la sociedad, la publicidad y el mercadeo, la moda, la falta de nacionalidad, la falta de autoridad en los padres de familia, las amistades, entre otras.

Y así, tratando de justificar y reforzar la gravedad del problema, aparecen las relaciones causales más diversas, asuntos económicos, políticos y culturales al lado de fenómenos familiares, privados y locales; y todos ellos con fenómenos íntimos e individuales, que a su vez tienen las más diversas

causas: la familia, la sociedad y la cultura. Es el vértigo. Nos encontramos ante lo imposible, ante el todo y la nada. Es el Caos.

Y ante dicha complejidad de causas, en vez de plantear que se trata de

una crisis de nuestra cultura toda, y diseñar unas alternativas integrales y complejas, como por arte de magia se retorna lo claro y simple: el problema es que las drogas ilegales existen y, por consiguiente se trata de hacerlas desaparecer del planeta, o por lo menos del cuerpo y del deseo de los individuos. Y, ¿con qué técnicas? Esto sí es secreto de especialistas.

Sin temor a equivocarnos, decimos que en dicho control y en la respuesta que se dé al problema fundamental del consumo, radica la piedra angular del edificio que soporta, justifica y financia toda la guerra contra los cultivos, la producción, el tráfico de psicoactivos y el lavado de dineros. Y en esto, como en otros asuntos, asumimos las definiciones que vienen de afuera.

Desde este punto de vista, cabría la pregunta de por qué al democrático gobierno de los Estados



Unidos le es tan difícil plantearse el problema del consumo de una forma diferente a la de evitar que a sus ciudadanos, libres y respetados, les lleguen unas sustancias del exterior, las cuales demandan y compran en tan grandes cantidades y a tan altos precios. A no ser que no se pretenda erradicar el consumo, y con él el negocio. Esto podría explicar por qué mientras se vende un discurso prohibicionista y persuasivo en el exterior, para justificar la persecución de traficantes, la erradicación de cultivos, la injerencia en políticas de otros países y la expansión de la guerra, no se encuentran las verdaderas causas del consumo y no se logran alternativas eficientes y acertadas que lo controlen.

Por lo tanto, si se hicieran realidad los esfuerzos de nuestras élites por vendernos el ideal norteamericano -más dinámico y exitoso- o el europeo -más seguro pero más triste- probablemente cambiemos el cigarrillo y el alcohol por hábitos más costosos, fuertes y prestigiosos, como el consumo compulsivo de cocaína, heroína o éxtasis.

2. La falsa relación causal consumo-violencia

Un nudo de confusiones, para muchos "cómplice", gravita en torno a la indiferenciación entre los problemas relacionados con el consumo, la producción y el tráfico. Pero comienza a hacer carrera una nueva sospecha sobre la asociación, cada vez más evidente, entre consumo de psicoactivos y violencia.

En Colombia es difícil señalar si el narcotráfico es causa o efecto de la violencia que por tantos años ha marcado al país. Sería más acertado, honesto y decente pensar que fueron factores como la inequidad, la exclusión, la falta de oportunidades y las injusticias los que hicieron que el negocio de las drogas ilícitas fuera acogido. De lo contrario, estaríamos cometiendo dos graves errores, contribuir a ocultar las causas reales de la vio-

lencia y el narcotráfico, y hacer creer que nuestros problemas actuales tienen causas externas, culpando de ellos a las drogas.

En esta lógica, creemos que el posterior negocio de las drogas y la guerra contra ellas -caras de una misma moneda- son los fenómenos que han agudizado e impulsado viejas pugnas políticas, sociales y económicas en nuestro país. Basten dos ejemplos: la propiedad de la tierra y los mecanismos de distribución de la riqueza. Aunque las élites políticas y económicas se empeñen en decir lo contrario.

Pero a esta falsa relación causal -narcotráfico-violencia, se agrega otro ingrediente que parecía escapar: consumo de psicoactivos-violencia. Y a esto ha contribuido de forma eficaz una corriente de investigaciones, que con una mezcla de psiquiatría, salud pública y epidemiología construyó su trin-

chera. Desde allí, y a partir de la noción de “factores asociados”, quieren someter a modelos físicos y biológicos, fenómenos culturales, sociales y políticos. Con razón decía Tomas Szasz que

“Muchos de estos fenómenos -especialmente la prohibición de ciertas sustancias llamadas ‘drogas peligrosas’, y el hecho de que su consumo se llame ‘abuso de drogas’ o ‘toxicomanías’ [léase también epidemias]- se examinan ahora en los manuales de farmacología [léase además epidemiología]. Esto equivale a examinar el uso del agua bendita en los manuales de química inorgánica. Pues si el estudio de las toxicomanías pertenece a la farmacología porque la dependencia tiene que ver con las drogas, el estudio del bautismo pertenece a la química orgánica porque dicha ceremonia tiene que ver con el agua”

No podemos desconocer el valor descriptivo y cuantitativo de estos estudios. Pero, y como lo recono-

ce la misma Yolanda Torres de Galvis -una de las más prestigiosas epidemiólogas de América Latina-, la gran debilidad de estas investigaciones es su carácter explicativo de orden causal. Lo que para nosotros es, además, su gran peligro, porque lo que comienza a circular en la opinión pública es que el consumo de drogas legales e ilegales es causa de grandes males: violencia juvenil, accidentes de tránsito, homicidios. Porque una cosa es decir que morir violentamente y estar ebrio está **relacionado**, y otra muy distinta plantear que el consumo de licor es una de las principales causas de homicidios en nuestro país.

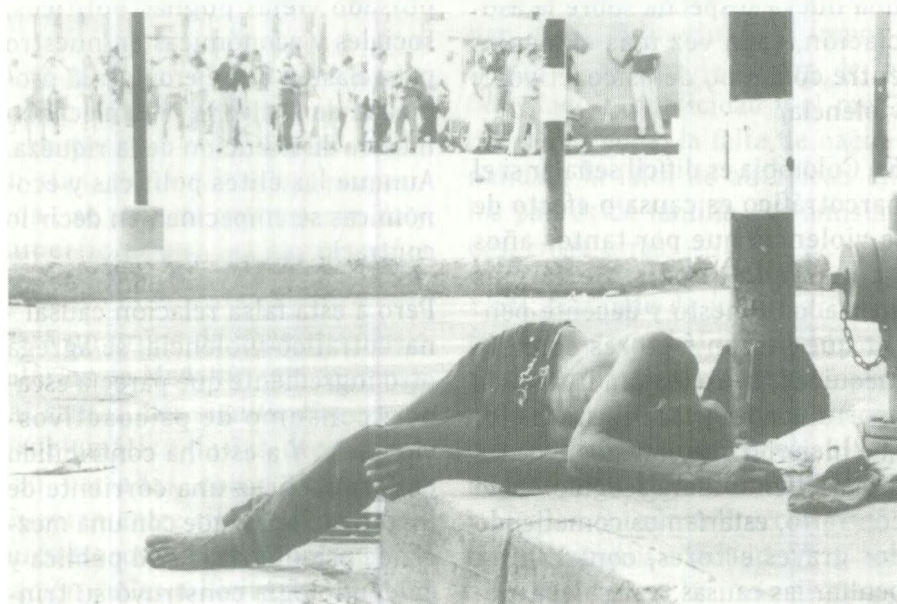
Ante la pretensión de cientificidad, el sentido crítico se obnubila por una cifra, y se olvida que las ciencias y los saberes no son neutrales. Si tenemos claro que violencia y drogas tienen sus causas en otro lugar, además de evitar confusiones perversas, podremos enfrentar un problema e incidir en el otro. Y aunque este es uno de

los principales aportes de esta escuela epidemiológica, en un ambiente moralista se presenta con facilidad a interpretaciones reduccionistas, equívocas y peligrosas.

Porque en nuestro medio es muy frecuente confundir las causas con los efectos.

“A veces admiten que las cosas están mal, pero inmediatamente les indigna que se pretenda buscar responsables. ¿Por qué buscar un culpable?, se preguntan. ¿Por qué no asumir que la historia nos ha traído a esto y que ahora lo tenemos que resolver entre todos? La verdad es que la corrección de los males exige descubrir dónde están las causas, ya que todo proyecto histórico que pretenda erradicar los males sin conocer su fuente, está condenado al fracaso...”

... en Colombia continuamente confundimos las causas de las cosas con las condiciones que las hacen posibles. Si un par de sicarios asesina a alguien desde una moto, al día siguiente prohibimos las motos. De la misma manera confundimos las causas con los efectos, creemos que alterando los efectos corregimos las causas... El narcotráfico es fruto de una situación en la cual el trabajo honrado no permite siquiera sobrevivir, mientras el trabajo ilegal es pagado copiosamente por un imperio opulento. Siempre



hay alguien que quiere disipar el efecto sin modificar para nada la causa".

Vistas algunas incoherencias de las actuales políticas y discursos frente a las drogas, no es de extrañar que a quienes participan de los cultivos, la producción, el tráfico, e incluso el consumo, les sea relativamente sencillo justificar sus acciones falseando los argumentos contrarios. Así los narcotraficantes se pueden sentir como los justos proveedores de una necesidad sentida y bien pagada por ciudadanos sumidos en la más profunda tristeza y decepción, o navegantes del vértigo, la ostentación y la riqueza.

1. Documento CONPES, de 1995, la compilación más precisa de las políticas del gobierno para enfrentar el problema de la droga en Colombia.
2. De cada 1.000 habitantes entre los 12 y los 60 años de edad, dicen haber consumido la sustancia referida por lo menos una vez en la vida:

Alcohol	906 personas de mil	90.6%
Cigarrillo	455 personas de mil	45.5%
Marihuana	53 personas de mil	5.3%
Tranquilizantes	41 personas de mil	4.1%
Inhalantes	38 personas de mil	3.8%
Bazuco	15 personas de mil	1.5%
Cocaína	15 personas de mil	1.5%

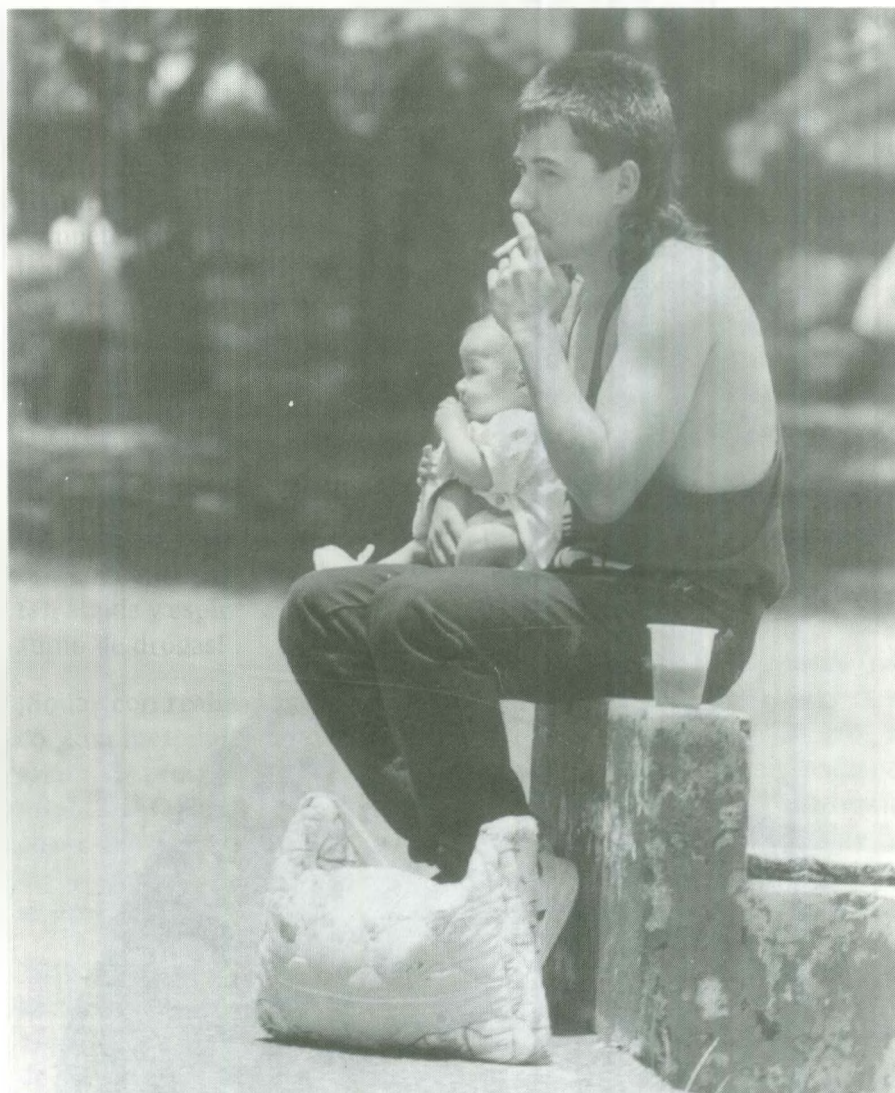
Ibid., pp. 46-47.

3. *Ibid.*, pp. 82-83.

4. *El Colombiano*, julio 8 de 1996, p. 12A: "Los jóvenes dicen No a las drogas".

5. Thomas Szasz. *Drogas y ritual*. Citado por Martha Liliana Herrera, "Consumo: decisiones gubernamentales, ONG's y problemática popular urbana. En: VARGAS, Ricardo (comp.): **Drogas, poder y región en Colombia**. Bogotá: CINEP, 1994.

6. Nos referimos a varias investigaciones y



tesis de postgrado que se vienen realizando en los últimos años, y que tienen en la Escuela Nacional de Salud Pública uno de sus ejes. En uno de ellos se concluye -según el diario *El Colombiano* y ratificado por uno de sus autores, que erradicando el alcohol de un municipio del Área Metropolitana de Medellín, la violencia juvenil disminuiría en más de un 80%. "Eso no lo digo yo. Lo dicen las cifras".

7. Igual sucede con otras cifras que arrojan los datos recolectados sobre los homicidios. Muchos culpan de manera privilegiada la amplia posesión de armas, del aumento de las muertes violentas. En la investigación *Delincuencia juvenil y factores asociados*. Bello 1995 [GARCÍA P. Edgardo, et al. Medellín: Instituto de Ciencias de la Salud. Salud Pública, 1995], se parte de la siguiente hipótesis conceptual: "Cada uno de los factores de riesgo estu-

diados y anotados anteriormente, está asociado con la delincuencia juvenil. Por ejemplo, 'El antecedente familiar de consumo de bebidas alcohólicas está asociado con la delincuencia juvenil'. Y algunos de estos factores de riesgo fueron: consumir sustancias que causan dependencia (ilegales y alcohol), tener policonsumo, estar desocupado, sufrir trastornos mentales, tener baja o nula escolaridad, ser sicario, tener madre prostituta, convivir con más de una familia, disponer de poco espacio físico, pertenecer a pandillas, ser abandonado en la niñez, ausencia de autoridad en la familia, problemas con la justicia en familiares, etc. (*Ibid.*, p. 40.).

8. OSPINA, William: "Colombia: El proyecto nacional y la franja amarilla". En: Revista *Número*, Separata marzo-abril de 1996, p. XII.



CARLOS HORACIO VÉLEZ CANO¹

de intervención, de respuesta socialmente planificada, de carácter mixto Estado-sociedad civil; y un tercer momento de control social o de veedurías, donde se elaboren unos sistemas de evaluación, donde haya una serie de macro-indicadores costos-efectividad y otra de indicadores de impacto, socialmente concertados y contruados, para que cuando nos refiramos a calidad de vida, alguien no diga que estaba pensando otra cosa porque había partido de otro concepto, igualmente subjetivo.”²

“Esta es la propuesta. Un momento de planificación participativa y democrática, utilizando una o varias metodologías; un segundo momento de priorización y concreción de proyectos

Carlos Horacio Vélez Cano

Carlos Horacio Vélez, nuestro compañero de trabajo y cómplice en la construcción de esperanzas y de sueños de una ciudad mejor, más pacífica y feliz. Sencillo y amable, no se ufanaba ni de su trabajo ni de su saber. Discreto, incluso en su presencia física, en su letra y en sus menudos dedos; irradiaba una gran potencia, una energía comprimida que procuraba contener, cultivar y dosificar.

Más que el líder descollante, era el trabajador constante y recatado. En contraste con el funcionario público, era responsable y entregado. A diferencia de los dirigentes y líderes sociales, era recatado y diligente. A diferencia de los médicos, escuchaba otros puntos de vista, con una gran sensibilidad social, no era dogmático ni individualista ni avaro.

Pero ante todo, era un soñador. Y soñaba muchos sueños, porque soñaba con otros y construía con ellos muchos otros sueños. Su compromiso era con la gente, con la ciudad, con sus actores, con sus proyectos e ideales. Por lo menos eso daba a entender. Y eso hacía.

No sabemos si tenía amigos del alma. Sabemos que amaba a su esposa y hablaba poco de su familia. Sus compañeros fuimos muchos, nos hacía encontrar, conversar y construir proyectos con quienes jamás pensamos sentarnos en la misma mesa. Por él co-

nocimos otras tantas personas, que no teníamos ni idea de que existieran. Y en una sociedad tan segmentada, llena de rencores y competencias, por lo general desleales, en vez de huir, enfrentó el duro reto -ojalá después de Carlos Horacio menos duro- de establecer canales, relaciones, puentes entre una gran diversidad de individuos, de grupos y de intereses.

“¡Lograr con dos decenas de instituciones un plan concertado para luchar contra una problemática tan álgida y espinosa como el consumo de drogas!

¡Soñar con realizar un diagnóstico, una metodología, una priorización de proyectos y el establecimiento de unos índices e indicadores concertados entre diversos actores sociales, la sociedad civil y el Estado!

¡Buscar por todos los medios categorizar, clasificar y develar el problema de la violencia en el Valle de Aburrá, para proponer, siempre a la discusión, alternativas distintas para esta ciudad agobiada!”.

Esas eran sus preocupaciones, sus motivos vitales, los que lo impulsaron y, muy seguramente, los que lo acompañaron a su fin. Porque no renunció en ningún momento. Después de las periódicas crisis de sus últimos meses, incluso durante ellas, trabajó arduamente por lo que creía era su responsabilidad, su misión: Mantener, sino expandir, la conquista colectiva que tanto había impulsado y generado, el Plan Municipal de Prevención del Uso Inde-

Sustancias Psicoactivas en Medellín.

Porque este Plan, como muchos lo creyeron, no era una secta de puros, ascetas y santos. Era, y sigue siendo en su honor, una permanente puesta en discusión de diversos puntos de vista, una confrontación permanente entre posiciones conservadoras y críticas, entre organizaciones no gubernamentales y administración, entre creyentes y ácratas, entre profesiones liberales y contemporáneas, entre profesionales y autodidactas.

Un gran campo de batalla de saberes y poderes que se disputan (nos disputamos) muy diversos trofeos. Desde la abolición de las drogas, hasta la vida pacífica, pasando por la defensa de los derechos humanos, la modernidad, el fin de las guerras; pero también un puesto burocrático, un protagonismo, una oportunidad.

Y como telón de fondo, un manto acogedor, receptivo, observador. Todo él era la pretensión de lo abierto, de lo múltiple y de lo integral.

Quizá su exceso de blancura, la valerosa compulsión de no equivocarse, de no dejarse manchar, aceleraron su fin.

1. Coordinador y gestor del **Plan Municipal de Prevención del Uso Inde-**
bidido de Sustancias Psicoactivas en Medellín, desde 1991. Médico de la Universidad de Antioquia. Salubrista Público de la Escuela Nacional de Salud Pública, de Medellín.
2. Intervención en el Taller Pobladores Urbanos y Calidad de Vida, durante el V Encuentro de Medellín y el Área Metropolitana por la Concertación Ciudadana, noviembre de 1995. V Encuentro de Medellín y el Área Metropolitana por la Concertación Ciudadana, en noviembre de 1995.



"La ciudad no dice su pasado
lo contiene como

las líneas de una mano
escrito en los ángulos de las calles
en las rejas de las ventanas
en los pasamanos de las escaleras
en las antenas de los pararrayos
en las astas de las banderas,
surcado a su vez cada segmento
por raspaduras, muescas,
incisiones, cañonazos".

Italo Calvino
Las ciudades invisibles

CORPORACION
REGION

CALLE 55 41-10
TEL: (57-4) 216 68 22
FAX: (57-4) 239 55 44
A.A. 67146
MEDELLÍN - COLOMBIA